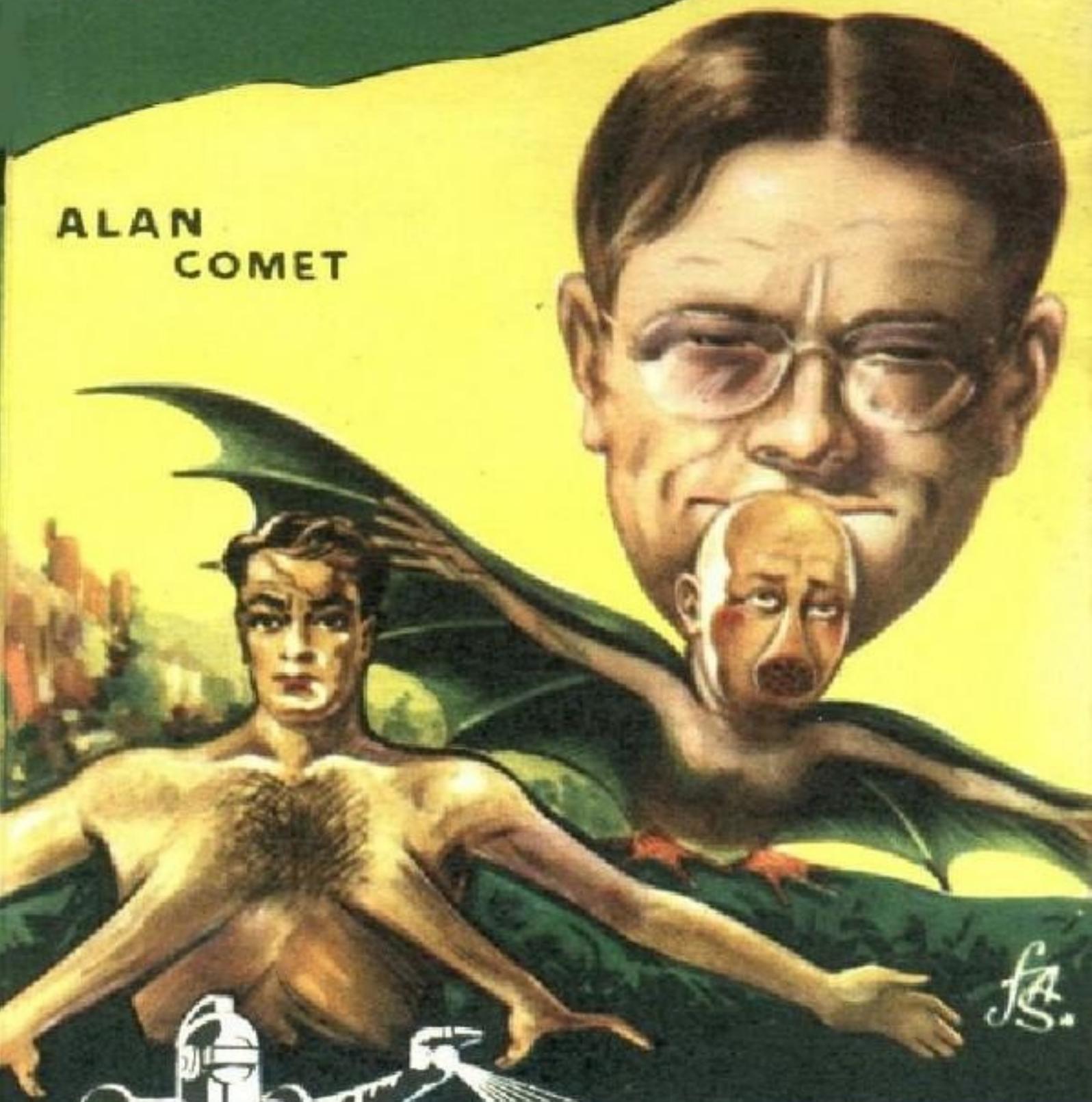


La pesadilla de los BIO-ESQUEMAS

ALAN
COMET



ROB

Lectulandia

El temor histeroide a las armas atómicas impregna nuestra época de un nuevo terror que, lejos ya de la superstición, vuelve, con el mismo impulso, a sobrecoger el corazón humano.

Se habló, no hace mucho de «neurosis de guerra», y ya se empieza a hablar de «neurosis atómica». Todo lo humano tiende así a encontrar una salida a su propia angustia que, es triste decirlo, en el fondo, no es más que un gran egoísmo disfrazados apenas de instinto de conservación.

El miedo a la muerte bajo el fatídico sol del «hongo» monstruoso, empapa la conciencia de las gentes de toda calidad y color. Pero pocos saben que, en el caso de una nueva hecatombe, las bombas nucleares, además de sembrar la muerte y la destrucción, como cualquier clase de armas de cualquier otro tipo, tendrían mucho más fatales consecuencias para aquellos que tuviesen la desdicha de quedar con vida.

Lectulandia

Alan Comet

La pesadilla de los BIO-ESQUEMAS

Robot - 9

ePub r1.0

Thalassa 07.04.16

Título original: *La pesadilla de los BIO-ESQUEMAS*

Alan Comet, 1955

Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Al Dr. D. Emilio López-Vidriero, con el cordial deseo de que estas páginas puedan procurarle un divertido descanso en la inagotable labor médica que realiza.

Nadie las escucha ya. En el inarmónico escándalo de la Era Moderna la Masa se ha rebelado, huyendo de algo que jamás comprendió: de ellos, que ahora, obligados por los estentóreos gritos de la Multitud que se divierte, se han visto obligados a huir a la Soledad, al recogimiento íntimo...

Los han abucheado por las calles y ridiculizado por todas partes; la lluvia de insultos era como un lapidamiento que dolía mucho más hondo que si hubiese sido con piedras.

Tan Sólo quedan los falsos poetas, los cantores de la Intrascendente, los líricos de lo Superficial. Porque los otros, los que sentían vibrar el Universo, los que se hallaban, entre el dolor y la muerte, colgados del Imposible, más allá del Futuro, al borde insondable del Absurdo...

Aquellos huyeron para Siempre.

De uno de ellos quedaron las líneas que siguen; líneas descosidas, rotas de dolor, pero profundamente impregnadas de amor y misericordia:

Hay una carcajada de orgullo por las calles, y
un latido de menos en cada corazón;
la oración se ha tendido, cansada de perderse
en las bocas indignas que la visten de hábito,
y está muerta la vida en manos de los sabios.
Hay una Cruz Atómica en un monte de fórmulas;
hay un nuevo Calvario hecho con ecuaciones.
y un Pilatos de largos cabellos blanquecinos.^[1]
¿A qué esperas, Señor, para venirte
a nacer otra vez?
¿No ves que están Sedientas las Bestias de Tu sangre
y hay una Cruz de átomos plantada que Te espera?

El temor histeroide a las armas atómicas impregna nuestra época de un nuevo terror que, lejos ya de la superstición, vuelve, con el mismo impulso, a sobrecoger el corazón humano.

Se habló, no hace mucho de «neurosis de guerra», y ya se empieza a hablar de «neurosis atómica». Todo lo humano tiende así a encontrar una salida a su propia angustia que, es triste decirlo, en el fondo, no es más que un gran egoísmo disfrazados apenas de instinto de conservación.

El miedo a la muerte bajo el fatídico sol del «hongo» monstruoso, empapa la conciencia de las gentes de toda calidad y color. Pero pocos saben que, en el caso de una nueva hecatombe, las bombas nucleares, además de sembrar la muerte y la destrucción, como cualquier clase de armas de cualquier otro tipo, tendrían mucho más fatales consecuencias para aquellos que tuviesen la desdicha de quedar con vida.

No debe, pues, movernos el temor de nuestra propia muerte, sino que,

alejándonos un tanto del epicentro desmesurado de nuestro egoísmo, pensar más en los que llevarían consigo, después de la catástrofe, al más irreparable castigo que concebirse pueda.

Esta novela no es más, ni menos, que la historia de una Humanidad que sobrevivió a la desdicha colectiva de la Tercera Guerra Mundial. Tres fechas, expresadas en años, marcan los principales hitos del relato, y en ellas, a lo largo de menos de un siglo, se producen los acontecimientos más desastrosos y que vienen a ser un merecido castigo a la locura de las gentes y de la ciencia...

Para el futuro, esa neblina incierta en la que nos proyectamos con curiosidad no habrá sólo que temer las invasiones de los problemáticos habitantes de otros mundos. Más que de ellos, hundidos seguramente en sus propios amargos problemas, hemos de temer en nosotros mismos, escuchando aquellas palabras de que «el mayor enemigo del hombre es el hombre mismo».

No hace falta que marcianos, venusianos u otros lancen sus astronaves contra la Tierra. Lo que importa es que, dentro de nuestro planeta, las fuerzas del Mal no se desaten, modificando, con sus armas terribles, hasta la más íntima estructura de la vida...

Roguemos fervorosamente porque los hijos de nuestros hijos y los hijos de éstos no se vuelvan hacia nuestra época y maldigan, con toda razón, la memoria de los que no supieron respetar la esencia de las cosas. Así sea.

Junio 1955.

**PRIMERA FECHA
16 DE ABRIL DEL 2050.**

Dejando el estetoscopio sobre la mesa el doctor Barton, joven médico de guardia de la Maternidad Norte del Gran Londres, empezó a desembarazarse de la bata.

Estaba muy cansado. Alrededor de sus ojos, un cerco oscuro hacía patente la fatiga que durante aquella interminable jornada de trabajo, se había ido, insidiosa y lentamente, apoderando de su organismo, constantemente sometido a un esfuerzo sin reservas.

Un reloj lejano había lanzado al espacio hacía muy pocos minutos dos recias campanadas que rebotaron tristemente sobre la ciudad dormida. El silencio fuera del recinto de la Maternidad y aun en la mayor parte de ésta era completo. Tan sólo en el ala derecha del enorme edificio donde estaba situada la «nursery», podía oírse el llorar de algunos bebés que solicitaban una atención alimenticia constante.

James Barton lanzó una complaciente mirada a su lecho, gozando por adelantado del placer que iba a disfrutar momentos más tarde. Cuando abandonase el mundo de la vigilia y sus preocupaciones, dejándose hundir en la blandura de un reposo que le era tan necesario.

Una sensación que no alcanzaba a ser dolorosa, poseía todos los músculos de su cuerpo en los que la fatiga había puesto una buena dosis de ácido láctico. Pensando así, técnicamente como solía hacerlo siempre, Barton fue desnudándose lentamente, sintiendo cada vez de forma más apremiante, la imperiosa necesidad de dormir.

Echado ya en el lecho, cerró los ojos y respirando profundamente preparóse para alejarse del bregar cotidiano, procurando no pensar en todo lo que debería hacer al día siguiente.

Por unos instantes dedicóse a pensar en el mundo de los sueños en que estaría Mary. Su prometida. Ella también trabajaba en un laboratorio de química, pero la labor de la joven se limitaba al trabajo de unas horas, sin los constantes imprevistos que se presentaban en el seno de una maternidad.

Quizás no era el más propicio momento de reprocharse el haber escogido una profesión que, como la Obstetricia, llevaba consigo una idea de sacrificio constante. James estaba seguro que Mary se acostumbraría a la vida inquieta de un tocólogo, para el que los días y las noches son completamente iguales.

Se adormeció cuando montaba en su imaginación el cuadro detallado de lo que sería su hogar, gozándose plenamente en contemplar aquel coquetón interior, en el que había soñado siempre.

—«¡Doctor Barton!»

Oyó la llamada con toda claridad. Pero repleto aún de imágenes oníricas, perdido en observaciones sobre su prometida, el hogar y mil detalles más la voz no llegó a desencadenar en su mente el reflejo apetecido.

—¡Doctor Barton!

Despertóse entonces. La fuerza de la costumbre le hizo mirar antes que a nada al

cuadro de avisos. La luz roja le demostró que la llamada que le hacían era urgente.

Levantóse de un salto, intentando luchar contra el sueño truncado y sintiendo que todo su cuerpo parecía sufrir intolerablemente. El menor movimiento le costaba un doloroso esfuerzo.

La ducha, rápida y fría, le desperezó un tanto. Sin embargo, aunque la sensación apremiante del sueño había cedido bastante, la fatiga seguía clavando sus mil agujones en sus músculos.

Acercóse al cuadro de llamadas y, después de haberse puesto la bata, con movimientos completamente automáticos, oprimió el botón del «fonotelevisor». El rostro de Peggy, la enfermera mayor, apareció en el rectángulo, al tiempo que su voz llegaba hasta James.

—No sabe lo que lo lamento, doctor Barton: pero es muy urgente.

El sonrió para protestar de la preocupación de la enfermera. Luego:

—¿Dónde?

—Quirófano sexto, doctor.

—¿Quién es? —Tornó él a inquirir.

—Mistress Pazslosky. Una polaca, señor. Llegó hace veinte minutos escasos.

—Voy en seguida.

Salió al pasillo y tomando uno de los ascensores, descendió a la sexta planta donde estaba situado el quirófano. Antes de penetrar en él tropezó con Peggy, que ya le esperaba.

—Le he preparado un poco de café, doctor.

La siguió a un pequeño «living» que comunicaba directamente con el quirófano. Dejándose caer sobre uno de los cómodos sillones, James sorbió lentamente el humeante y negro líquido que le reconfortó casi inmediatamente.

—¿Quién ayuda?

—Los doctores Merrilan y Stramer. Están preparando ya a la paciente.

Acabó su café y encendió un cigarrillo, que aplastó, después de saborearlo dos veces, contra la superficie negra del cenicero.

—Vamos —dijo levantándose.

Seis minutos más tarde, preparado ya, pasaba la puerta automática del antequirófano, penetrando en la sala de operaciones, donde, en medio de un silencio absoluto, sus dos ayudantes le esperaban. Tan sólo la rítmica respiración de la mujer desgarraba, a intervalos largos, el callado ambiente del recinto.

La cosa estaba bastante difícil y hubo de trabajar durante cerca de dos horas para liberar de aquel organismo doliente otro que reclamaba imperiosamente su derecho a la vida.

—¡Es imposible!

La exclamación brotó al unísono de las cinco gargantas. Y cinco pares de ojos se abrieron desmesuradamente, negando rotundamente que lo que contemplaban fuese algo real y no el producto de una pesadilla colectiva.

Barton fue el primero en reaccionar.

—¡Llévenlo a mi laboratorio!

Obedecieron, y ya era tiempo. La madre, saliendo de la suave anestesia a que había sido sometida, gemía dulcemente.

—¡Mi hijo! —reclamó entre suspiros.

Se miraron todos y fue la enfermera mayor, Peggy, la que se acercó solícita a la pobre mujer.

—Ahora se lo traeremos, señora. Por el momento debe descansar.

La mujer tenía sus grandes ojos muy abiertos. Una luz de desconfianza se pintaba en las húmedas pupilas.

—¿Está vivo? —inquirió con angustia.

A Peggy le costó mucho esbozar una sonrisa.

—¡Naturalmente! Lleno de vida, como todos...

Una oleada de tranquilidad sonrojó el rostro de la polaca. Luego, con un acento de orgullo subrayado por una alegría creciente:

—¿Es niño o niña?

Un escalofrío recorrió la espalda de la enfermera. Hubiese deseado volverse para interrogar, con la mirada, al doctor Barton. Pero temió hacerlo, ya que la desconfianza hubiese surgido de nuevo en el corazón de la madre.

—¡Es una niña! —exclamó con voz desfallecida.

—¡Qué alegría! —Suspiró la mujer—. Ladislav va a volverse loco de contento. Tenemos un niño y la pareja le encantará.

Dejaron, después de haber tranquilizado a la paciente, una enfermera para que la asistiese hasta su traslado a su habitación. Barton, seguido de sus ayudantes y de Peggy, salieron velozmente hacia el laboratorio.

El entrecejo de James estaba hondamente fruncido. Todo el terror que se pintaba en los ojos de la enfermera mayor se convertía, en las azules pupilas del médico, en una llama de creciente interés; por el momento puramente científico, que había hecho desaparecer de su cuerpo todo el cansancio que le aniquilaba horas antes.

En el laboratorio, la enfermera a quien se había encargado de llevar la criatura hasta allí, permanecía contemplándola, después de haberla colocado sobre una mesita auxiliar.

—¿Lo ha lavado? —inquirió James.

Ella le miró aterrada. Luego, con una voz indecisa y temblona:

—Yo... doctor Barton..., no me he atrevido...

Se leía la repugnancia en su rostro. En el perlado sudor que brotaba de las raíces de sus dorados cabellos y que surgían, en dos o tres matojos rebeldes, por el borde

almidonado de su cofia.

—¡Ayúdela, miss Strell! Debemos observarlo cuanto antes y está aún muy sucio.

Peggy se adelantó dispuesta a colaborar en tan poco agradable labor. James, con sus dos ayudantes, se retiraron a un rincón del laboratorio, encendiendo sendos cigarrillos.

Stramer parecía el más nervioso de los tres. Muy joven aún y recién acabados sus estudios, había elegido la Maternidad Norte con una pasión hacia la Obstetricia que le dominaba por completo. Después de lanzar al aire una larga bocanada de humo azulado:

—¿Tiene usted ya formada una opinión sobre este caso, doctor Barton?

A James pareció sobrecogerle la pregunta. Hundido en profundas meditaciones, en medio del silencio casi absoluto del laboratorio rasgado por el sonido del agua que empleaban las enfermeras, no esperaba, evidentemente ninguna observación.

Miró a su interlocutor severamente. Luego, íntimamente fastidiado por haber sido interrumpido en sus meditaciones.

—Ya veremos..., ya veremos, doctor Stramer.

Miss Stell se acercó a ellos. La enfermera mayor manifestaba una inquietud creciente. Solamente ella recordaba la piadosa mentira que se le había escapado de los labios para tranquilizar a la parturienta. Ahora, a medida de que el sentido práctico y la realidad se iban abriendo paso en su cerebro, se percataba de la peligrosa encrucijada en la que se había adentrado, movida por una caridad necesaria.

—Ya está, doctor Barton.

Seguido de sus ayudantes, James avanzó decididamente hacia la mesa auxiliar, en la que el recién nacido, limpio y, perfumado por los polvos de talco, lloraba estridentemente.

Fué al mirarlo de nuevo, con el íntimo deseo de haber soñado antes, cuando Barton se percató de la inusitada tragedia que se encerraba en aquella extraña criatura.

De cuello para abajo parecía un bebé normal. Nada había allí que le diferenciase de uno de los cientos que nacían cada semana en el interior del edificio. Pero dos cosas se oponían rotundamente a considerarlo como un ser humano.

Primeramente, aquella especie de alas membranosas que le surgían de la espalda y que se movían, en aquellos instantes, acompasando la precipitada respiración del lloriqueo. Luego, tan tremendo como los dos extraños apéndices alados, la boca, que estaba muy lejos de poderse calificar así.

En realidad, era una trompa larga, ya de cerca de doce centímetros, y terminada en una singular ventosa, que se balanceaba incesantemente y de donde parecían surgir los extraños sonidos con que aquella criatura de pesadilla inauguraba su llegada al mundo.

Dominando la rara sensación que le embargaba, Barton, ayudado por los otros dos, reconoció detalladamente a aquel fenómeno, que se salía rotundamente de todo

lo monstruoso a lo que les tenía acostumbrada la Teratología.

Una hora, dos, tres... El tiempo perdió totalmente su verdadera significación para aquellos hombres, que, inclinados sobre la alucinante criatura, intentaban encontrar una explicación, por muy peregrina que fuese, a algo que salía de las normas inmutables de la vida.

Una sucia luz, que apenas lograba atravesar la niebla, les hizo percatarse de que el nuevo día estaba naciendo. Un día tan extraño como todo lo que había acontecido en la noche.

—¡Me rindo! —exclamó finalmente James—. No logro encuadrar a esta criatura en ninguna de las clasificaciones teratológicas conocidas. Tanto las alas como la probóscide, en el que parece fundirse la boca y la nariz no presentan aspecto alguno que las catalogue en anomalías del desarrollo. Por el contrario, ofrecen un acabado que demuestra su origen en células perfectamente determinadas en el embrión...

Se volvió hacia las enfermeras, que, atemorizadas, no se habían atrevido a salir del laboratorio.

—Miss Stell, ocúpese personalmente de alimentar a este... pequeño. Que nadie penetre aquí sin mi permiso, hasta que el profesor Bekeler dicte sus propias instrucciones. Respecto a ustedes dos, les ruego la máxima discreción hasta que se les autorice la divulgación de este caso.

Asintieron mudamente, con un rápido gesto de cabeza. Luego desaparecieron con la alegría de abandonar la proximidad del monstruo, que seguía gimiendo.

—Doctor Barton.

Era Peggy, que había permanecido allí y que se disponía a preparar el primer biberón. Se había vuelto y sus ojos negros miraban intensamente al joven médico.

—¿Qué desea, Peggy?

—Dije —su voz vacilaba notablemente— cuando el niño nació algunas cosas que me tienen preocupada... Anuncié a la madre que había tenido una niña y habrá de..., creo que será muy difícil...

Barton cerró los ojos. No era el cansancio ni el sueño, sino el deber de pensar en algo que no fuese el extraño ser vivo que gimoteaba sordamente a pocos metros...

—Comprendo —dijo al fin—. Es necesario procurar a esa mujer una niña, sea como sea. Todo menos enseñarle lo que ha traído al mundo. Hablaré con el profesor en cuanto llegue, miss Stell; se lo prometo. No será completamente imposible que en alguno de los centros de Londres no se encuentre una niña recién nacida que haya tenido la desgracia de perder la madre y que carezca de otra familia... Ya veremos.

Abandonó el laboratorio, y tras de despedirse de sus ayudantes, instándoles a que descansasen un poco, tomó el ascensor. Al llegar a su habitación dejó caer sobre su lecho sin atreverse a desnudarse. Casi inmediatamente y a pesar de que las ideas más extrañas bullían incesantemente en su cerebro, se hundió en un profundo sueño.

Al despertarse, algunas horas después, pasó a la ducha y después de haber cogido

otra bata, salió de su cuarto, dirigiéndose directamente a su laboratorio.

Miss Stell preparaba en aquellos momentos una nueva dosis de alimentos para el recién nacido.

—Buenos días, doctor Barton.

—Buenos días, Peggy. ¿Ha logrado que tome algo?

—¡Naturalmente! Tiene el apetito de un bebé normal. Ya vio usted anoche que, debajo de esa especie de trompa, posee una boca que, aunque no parece humana, es, sin duda alguna, la de un mamífero.

James volvía a observarla en aquellos momentos. De nuevo, inconscientemente, su cerebro empezó a plantearse profundos problemas con el íntimo deseo de encontrar una explicación a «aquello» que le satisficiera.

—¿Se sabe algo del profesor Bekeler?

—Sí, señor. Llamó muy temprano para ver cómo iban las cosas y aproveché la oportunidad para explicarle lo que había ocurrido. Me dijo que, aunque le era imposible venir directamente desde su casa, ya que tiene algunas visitas particulares que hacer esta mañana, haría lo imposible por llegar cuanto antes...

—¿Dijo alguna cosa especial para mí?

—Me rogó le dijese que preparara un informe completo del asunto.

—Voy a hacerlo inmediatamente. Usted Peggy, haga que una enfermera la sustituya y váyase a descansar.

Ella le miró sonriente. Luego, con una voz afectuosa:

—¿Es una orden, doctor Barton?

—Es una orden, miss Stell.

Abandonando el laboratorio, James se dirigió al despacho en el que solía pasar la consulta particular y la pública de la Maternidad. Antes de empezar el informe que le había encargado el profesor, consultó la hora, maniobrando luego en el disco del teléfono.

—¿Mary?

—¿Eres tú, James? ¿Cómo has pasado la noche?

—Regular. Escucha, querida. No sé si podré ir a buscarle esta mañana. Lo más probable es que solamente logre salir por la tarde.

—¿Ocurre algo, amor mío? ¿No es hoy tu día de asueto?

—Ya te contaré luego. De todas formas, te llamaré después del almuerzo.

Después de haber colgado tomó un papel, y con letra rápida empezó a escribir:

Londres, 16 de abril del 2050.

Esta madrugada, a las dos aproximadamente, una paciente de origen polaco, cuyos datos personales y familiares se encuentran en la historia clínica adjunta, ha dado a luz un ser monstruoso vivo, dotado de elementos anatómicos anormales.

EN el semi-circular paraninfo de la Maternidad Norte de Londres, profesores y médicos se agolpaban en los escaños, en animada conversación, esperando la llegada del profesor Bekeler y de su ayudante, el doctor Barton.

La expectación alcanzaba límites insospechados, y aunque, en líneas generales, no se conocía ningún detalle concreto del asunto, los rumores habían saltado los muros de la Maternidad, extendiéndose, como un reguero de pólvora, por todos los medios científicos del país.

A la entrada del profesor un silencio impresionante se hizo por doquier, y en todas las miradas brilló la ansiedad y la curiosidad, íntimamente emparejadas. El interés de aquellos hombres de ciencia estaba al rojo vivo y su deseo por conocer los detalles del singular alumbramiento de la mujer polaca les había hecho abandonar, gustosamente, sus deberes en aquella mañana de mayo.

Bekeler, con sus cuarenta y cinco años, parecía mucho más joven. Era alto, espigado, de piel cetrina y ojos singularmente oscuros y vivaces. Su delgadez no estaba exenta de proporción, y dentro de su traje gris ceniza a listas blancas, impecable mente cortado por uno de los mejores sastres de Londres, le prestaban un aire distinguido que lo había hecho, desde hacía mucho tiempo, diferenciarse de sus colegas, generalmente descuidados en el vestir.

Antes de empezar a hablar dirigió un amistoso gesto de saludo a los presentes, que conocía en su mayor parte. Luego, después de arreglarse el nudo de la corbata.

—Queridos colegas —empezó a decir—, no quisiera, en modo alguno, dar a esta reunión una calidad de sensacionalismo, que no debe formar parte de nuestra profesión. Es verdad que el asunto que nos ha traído aquí es de la mayor importancia y que su gravedad puede aparecernos, al final de esta asamblea, como me ha aparecido a mí, desde el preciso instante en que pude observar el fenómeno biológico que voy a presentar hoy.

—Pero antes de que la pantalla nos muestre a esa extraña criatura, deseo hacer algunas observaciones previas para alejar de vuestro ánimo definitivamente la idea de ese sensacionalismo que tanto tememos en Medicina. Deseo también de todos ustedes la máxima prudencia en sus afirmaciones hasta que, en colaboración, no hayamos logrado esclarecer este curioso caso.

—El individuo que nació el 16 del pasado mes de abril sigue creciendo normalmente y alimentándose de leche artificial, como cualquier infante de esa edad. No hay en él, sin embargo, nada que pueda afiliarle a una de las categorías de las anomalías del desarrollo que conocemos. No es un «toracópago»^[2], ni un «dicéfalo tribraquial»^[3], ni tampoco un «pigópago»^[4], que nos haga recordar el curioso caso de las hermanas Blazek descrito en el siglo pasado, ni un «diprosopo»^[5], ni, en fin, nada que pueda encuadrarse en la Teratología.

—Lo extraño, lo verdaderamente extraordinario de nuestro caso, es que, aparentemente, posee los atributos de un ser normal, sin alteraciones orgánicas ni funcionales que lo hagan entrar en el campo de lo anormal o hasta en lo patológico, sino que nos obliga a considerarlo como algo que, de momento, rehuye a cualquier hipótesis, por atrevida que ésta sea.

Se habían apagado las luces y sobre la pantalla apareció la extraña criatura. A su lado se veía parte del cuerpo, cubierto con su bata blanca, del doctor Barton.

—Como ustedes pueden ver —empezó a explicar Bekeler—, tórax, abdomen y extremidades son perfectamente humanas. Nada hay en esos territorios orgánicos que revele la menor anormalidad. Pero —lanzó una mirada hacia la enorme pantalla— haga el favor de levantarle la cabeza, Barton. Pero —repitió— en el rostro ya nos encontramos con nuevos elementos anatómicos que desfiguran, por completo, el armazón humano de la cara. Ese apéndice que mantiene ahora el doctor Barton es, como ustedes pueden comprobar fácilmente, una auténtica probóscide, en cuyo final existe una ventosa, que, según hemos podido comprobar, succiona con fuerza cualquier objeto en el que se posa. No podemos aún explicarnos el papel que juega tan extraño órgano dentro de la economía de ese organismo.

—Observarán también el descomunal tamaño de la cabeza, que, por el momento, puede atribuirse a una cierta exageración en las dimensiones corrientes del «feto de término». Hay, no obstante, algo en el dorso de esta criatura; haga el favor de volverle de espaldas, Barton, que, como pueden ver, son dos alas perfectamente constituidas, de tipo membranoso y que recuerdan a las de los murciélagos. Por lo poco que hasta ahora hemos podido observar, tanto las alas como la trompa facial, forman parte integrante del organismo y no podemos definir las, sin ciertos reparos, como anomalías del desarrollo.

—De seguir con vida, este curioso ser será, así me lo parece al menos, capaz de elevarse por los aires y de succionar las sustancias que estén al alcance de su móvil trompa.

—La tremenda cantidad de preguntas que plantea este apasionante problema no es para entablar aquí una discusión que no acabaría nunca. Yo ruego a mis colegas que colaboren estrechamente con nosotros y para ello pongo a su disposición, en mi laboratorio de esta Maternidad, el nuevo ser, que podrá ser estudiado desde todos los puntos de vista que no ataquen a su integridad y a su vida.

—En agosto del mismo año, en uno de los barrios más populares de Roma, vino al mundo una criatura que poseía todas las características de un roedor, del tipo del topo. Su rostro se alargaba en forma de largo hocico, peludo y extremadamente móvil. Sus ojos eran pequeños y cubiertos de gigantescos párpados y sus manos no eran más que dos masas, en forma de cazoleta, dotadas de largas uñas en el extremo de sus casi inexistentes dedos.

Antes que el 2050 se acabase, dos mil casos, igualmente curiosos, se habían dado en el mundo.

La vida, movida por extraños mecanismos de locura y aberración, parecía querer romper los moldes por los que había circulado hasta entonces. Algo muy extraño estaba ocurriendo en el seno de las células, dictando nuevas y monstruosas formas que llenaba de admiración a los sabios y de terror a las gentes.

Porque, lo más fantástico de todo aquello era, sin duda alguna, que los monstruosos engendros que veían la luz y que parecían irrevocablemente destinados a una muerte pronta, mostraban una vitalidad envidiable, demostrando que las fuerzas ignotas de la Naturaleza parecían desear imponer a la Tierra unos nuevos seres de pesadilla que poblarían el planeta de alucinantes criaturas.

Lo más curioso residía en el hecho de que todos los monstruos nacidos hasta entonces pertenecían, sin excepción alguna, al sexo masculino. Las niñas nacidas en todo el curso del año 2050 eran completamente normales y no se había dado caso alguno de la más leve desviación anormal en sus organismos.

Una preocupación creciente dió como producto una serie de disposiciones que los Gobiernos de todos los continentes se vieron obligados a formular, intentando vanamente detener la ola de pánico que se estaba apoderando de las gentes.

Se prohibió, bajo severas penas, el alumbramiento fuera de las maternidades oficiales, directamente controladas por las autoridades. Nuevos servicios de helicópteros-ambulancias recorrieron las comarcas más alejadas para trasladar a las mujeres a los centros sanitarios. Ordenes fueron dadas para que a partir del sexto mes de embarazo fuese obligatorio el paso a una maternidad, en la que se atendía, con todo cuidado, al creciente número de mujeres que allí acudían.

Se intentaba, por todas las formas posibles, evitar que ninguna criatura monstruosa quedase en libertad ya que se habían abierto centros especiales en los que se seguía, atentamente, el estudio de los nuevos seres desde todos los puntos de vista.

Las primeras autopsias en niños anormales fallecidos por diversas causas confirmaron las observaciones del profesor Bekeler, al demostrar que los órganos animales que poseían estaban perfectamente integrados en la economía del organismo del que formaban parte tan integrante como el resto del cuerpo que poseía apariencia humana.

En abril del 2051, un año exactamente después del descubrimiento del doctor Barton, se había controlado el nacimiento de seis millones de monstruos, todos ellos varones, que habían obligado a crear importantes centros de internamiento en los que eran constantemente vigilados y estudiados.

Toda una gama de terroríficos atributos animales parecían haberse orientado en las nuevas formas de vida. Garras, aletas, pezuñas, trompas, mandíbulas de carniceros, antenas y otras tantas espantosas anomalías surgían de la Humanidad, amenazando con hacer desaparecer la especie humana.

Pese al ímprobo esfuerzo de todas las autoridades gubernamentales, constante e infatigablemente asesoradas por grupos científicos de la mayor importancia, millones de monstruos vagaban por los territorios en los que un control estricto era

completamente imposible.

La marca de los «bio-esquemas», así bautizados por el profesor Bekeler, subía lenta, mas implacablemente. Todavía no eran más que retoños monstruosos que necesitaban, la mayor parte, el cuidado constante de la madre. Pero la sola idea de que aquella invasión de alucinantes anormales se convirtiese en adultos, fuertes para hacer patentes los ignorados instintos, hacía palidecer a los más optimistas.

Ríchard Towson había logrado aprovechar al máximo los tremendos esfuerzos de sus antecesores. Hacía solamente dos generaciones que los Towson no eran más que unos pobres emigrantes que llegaron a Australia intentando escapar de la densa superproducción de una Inglaterra que, como el resto de Europa, después de la catastrófica Tercera Guerra Mundial, debían suplir la potencia de los Estados Unidos, que se iba recuperando muy lentamente.

Pero Towson, nieto, era un hombre capaz de abrirse camino y a los veinte años, que cumplió exactamente en 2020, era uno de los privilegiados nacidos en el año 2000; poseía una pequeña granja y unos cuantos rebaños, que se fueron convirtiendo en algo tan importante que no tardó en hacer de él el primer propietario de ganado vacuno en toda Australia.

Towson había hecho estudios de veterinaria y cuidaba de sus reses como nadie lo había hecho hasta entonces. Las carnes obtenidas de sus animales eran vendidas a precios altísimos en todos los mercados del mundo, y la calidad de sus productos y subproductos había hecho famoso el nombre de Towson en los cinco continentes.

Aquella tarde de marzo del 2051. Towson, rodeado de su numerosa familia. Disfrutaba de una emisión de televisión en «natural-relief y pan-color» que se emitía desde el Canadá y en cuyo programa había toda una larga sesión destinada a todos los ganaderos del mundo.

Fué entonces cuando el programa alcanzaba el mayor interés que el «telefonovisor» del «*living-room*» sonó con inusitada insistencia.

El viejo Towson separándose del animado grupo que formaban sus familiares, acercóse al aparato. Al pulsar el botón que iluminaba la pantalla encontróse ante la descompuesta figura de Webler, uno de sus más adictos capataces.

—¿Qué ocurre, Webler?

—Desearía que viniese usted en seguida, patrón. Me sería casi imposible explicarle ahora lo que ocurre.

—Está bien. ¿Dónde estás ahora?

—En los establos del polígono «S», señor.

—Ahora mismo voy.

Apagó la pantalla del aparato, iniciando después su marcha. Ninguno de los

mocetones que allí había, muchos casados ya con algunas de las hijas de Towson, otros novios aún, se atrevió a manifestar los ardientes deseos que sentían por acompañar al «viejo». Richard detestaba que se le tomase por un anciano y era mucho más prudente esperar que fuese él quien invitase.

Salió de la casa, dirigiéndose a los hangares, y una vez allí subió a la azotea, montando en uno de los helicópteros que se alineaban como gigantescos insectos.

Media hora más tarde se posaba blandamente sobre la terraza de los establos del polígono «S».

Webler le esperaba junto a otro helicóptero, de mucho mayor tamaño, que se utilizaba más que nada para transportar animales enfermos hasta los establos. A Towson no le pasaron desapercibidas las manchas de sangre que ensuciaban aún la parte exterior del fuselaje.

Sin decir una palabra, siguió al capataz, y una vez en la parte interior, un grupo denso de hombres, que formaban un cerrado círculo alrededor de algo se abrió rápidamente, dejando paso al patrón.

Richard echó una rápida ojeada a lo que llamaba tanto la curiosidad de sus vaqueros y no pudo menos de soltar un taco, única forma de expresar la sorpresa que se había apoderado de él, volviéndose al capataz.

—¿De dónde diablos habéis sacado «esto», Webler?

—Lo cazamos a tiros de entre el rebaño del polígono. Desgraciadamente, ya había matado cerca de medio centenar de animales.

El animal que yacía a los pies de Towson parecía, a primera vista, un toro enorme, dotado de una larga y afilada cornamenta. Pero la sola vista del resto de su cuerpo era capaz de cortar el aliento al vaquero más experto.

A partir de la ancha frente, la cara del animal se convertía en algo extraño, que recordaba vagamente un rostro leonino, ya que de su gruesa boca, dotada de mandíbulas enormes, brotaban unos colmillos que en nada tenían que envidiar a los de cualquier salvaje carnicero habitante de la jungla.

Sus patas, también normales hasta cerca de la rodilla, se convertían, hacia abajo, en sendas garras, felpudas y acolchadas como las de un tigre.

—Debe tener cinco años —explicó el capataz—. Saltaba como una verdadera fiera sobre el ganado, destrozando de un manotazo la espalda de los animales y devorando después la parte más blanda de su cuerpo.

—¡Cinco años! —exclamó Richard—. Yo no creo que esta bestia sea el producto de un cruce, imposible. Se sabe que elementos de una diferente especie no pueden producir descendiente alguno.

Echándose el amplio sombrero hacia atrás rascóse pensativamente la parte anterior de su cabeza.

—Mañana —dijo luego— vamos a salir con todos los aparatos para echar una detenida ojeada a todos los rebaños. No quiero exponerme a perder unos miles de cabezas estúpidamente. ¿Entendido?

—Sí, señor. Pero creo que esto no es más que una anomalía que no puede producirse más que una vez cada mil años.

—Quizás tengas razón. Por ahora, lo mejor que podemos hacer es guardar esta curiosidad en alguna cámara frigorífica. Quizás interese bastante al Museo de Historia Natural de Sidney. De todas formas, y respecto a la salida de mañana, no te olvides de hacer que los hombres vayan armados.

Los helicópteros parecían una bandada de extraños saltamontes que hubiesen sido sorprendidos en uno de sus gigantescos saltos. Formando grupo, avanzaban en medio de la soleada mañana sobre la tierra plana y que se perdía allá lejos, en el horizonte, manchada de negro en una gran extensión.

Gigantescos muros de cemento delimitaban lo que el viejo ganadero había dado por llamar «polígonos», quizás movido por la forma geométrica en que había dividido sus enormes propiedades.

Pronto empezaron a sobrevolar las densas masas oscuras de los rebaños. Los animales, por grupos de cientos, elevaban sus astadas cabezas, mirando con más curiosidad que temor los extraños aparatos voladores que pasaban sobre ellos. Estaban acostumbrados a los helicópteros, pero quizás entonces se asombrasen un tanto de verlos en tan inusitada cantidad.

—¡Bajemos más! —ordenó Towson.

Descendieron bastante hasta poder contemplar, con todo detalle, las bellas y fuertes bestias que esta vez empezaron a moverse inquietas mientras lanzaban sordos mugidos al espacio.

Se podía distinguir, con una claridad completa, hasta el número que, bajo la marca de Towson, ordenaba cuantitativamente a cada res. Nada parecía haber ocurrido por allí y los animales no ofrecían huella alguna de lucha que hiciese pensar en la existencia de algún otro monstruo de las características del que yacía ya en la cámara frigorífica del establo del polígono «S».

Pasando por encima de las singulares fronteras de cemento que delimitaban los territorios de cada colosal rebaño, fueronlos visitando uno por uno, sintiendo renacer la tranquilidad en sus corazones al comprobar que por aquel lado no había ocurrido nada desagradable.

Siguieron volando, siempre a la misma altura, sin dejar de observar la masa moviente de los rebaños, que, a su paso, levantaban sus astadas testas, mirando estúpidamente a los grandes pájaros voladores.

Después de atravesar la primera serie de «polígonos», que correspondían a las primeras letras del alfabeto, iniciaron el camino, tras pasar sobre el «R», se acercaron, con cierta aprensión, al sitio donde había aparecido tan extraño ser.

Contra lo que esperaban, las reses se movían inquietas, de un lado para otro empujándose y montando las unas sobre las otras, presas de un espanto creciente.

—¡Bajemos más! —gritó Towson.

Los aparatos, obedientes a las órdenes, descendieron hasta que los trenes de aterrizaje parecían rozar los cuernos de los animales que, sobrecogidos aún más por el estruendo de los aparatos, se disparaban en enloquecidos grupos en todas direcciones.

Pronto, junto al final del «polígono», allá donde empezaba el muro, encontraron la respuesta a las preguntas, que no cesaban de hacerse.

Parte del muro, en una extensión de más de cincuenta metros, había sido horadado y por la solución de continuidad lograda, penetraban, los unos contra los otros, hambrientos de palpitante carne y sedientos de sangre grupos densos de los animales que habían llamado la atención a Webler al hallar uno devorando las reses.

Antes de que pudiesen reaccionar convenientemente, los helicópteros habían pasado sobre el muro de cemento, hallando, al otro lado, un espectáculo tan inverosímil que hizo que sus cabellos se erizasen de pánico.

Por centenares o por miles —¿quién era capaz de contar ni calcular en aquel hormiguar siniestro que se perdía en los confines del «polígono» «T», hasta donde la vista alcanzaba?— monstruosos animales, en todo semejantes al que habían matado el día anterior, se precipitaban hacia el orificio abierto en el muro.

Por encima del ruido de los motores se elevaba un rugido que era la suma de cada uno de los parciales gruñidos de aquellas bestias hambrientas. Desde la poca altura en que volaban los helicópteros, la visión tenía algo de tremendamente inverosímil, de fantástico; algo así como una escena sacada de un cuadro de un pintor demente que hubiese saltado todas las normas de lo existente, creando aquellos seres que parecían surgir de una dimensión de pesadilla.

Sin percatarse exactamente de lo que hacían, los pilotos de los aparatos continuaron su camino, pasando a otros y otros polígonos, ocupados por más y más monstruos, que se movían, absolutamente todos, hacia la misma dirección.

Cuando levantaban la cabeza hacia los helicópteros, sus ojos, inyectados en sangre, no expresaban más que la furia resultante de no poder alcanzar aquellos extraños pájaros de acero, para lo que saltaban hasta increíbles alturas.

Como autómatas, los pilotos hicieron ascender a sus aparatos hasta una distancia en la que podían considerarse a salvo de las horripilantes criaturas que hervían, en una masa oscura, bajo ellos. Pero la sola idea de que su helicóptero pudiese fallar y caer en medio de aquellas bestias, indujo a casi todos los tripulantes a sentir un escalofrío que les recorría la espalda.

Por su parte, Towson miraba como alucinado lo que no llegaba a creer como real, pensando mejor que aquella visión horripilante era un producto de su imaginación.

Solamente cuando la realidad se impuso, con toda su violencia, en su espíritu y se percató de que toda su costosa obra, repleta de sacrificios y de dolores, se venía

ruidosa y estúpidamente abajo, pudo concebir la tremenda grandeza de la tragedia que se precipitaba sobre él.

Entonces, incapaz de soportar el «shock» psíquico, el disparo emocional que se había estrellado contra su alma, dió un alarido infrahumano, cayendo pesadamente sobre su sillón.

Webler se acercó a él. Momentos más tarde, cuando se incorporó, quitóse mudamente su amplio sombrero australiano.

—Ha muerto —dijo sencillamente.

CINCO hombres, sentados alrededor de la pequeña mesa, esperaban pacientemente la llegada del sexto.

La reunión tenía efecto en los sótanos de un edificio londinense en cuyos amplios salones de las plantas superiores solían celebrarse reuniones europeas de gran envergadura cuando le tocaba el turno a Inglaterra de ser la sede oficial de las asambleas internacionales.

Cinco hombres y cinco nacionalidades. Delegados de sus respectivos países: había allí un francés, un español, un italiano un alemán y un británico. Cinco hombres que se miraban en silencio, mientras consumían, sin descanso, los cigarrillos, cuyo humo espesaba ya la parte superior de la habitación, perdida en una densa humareda que desdibujaban los objetos.

Las cinco carpetas, colocadas ante la propia de cada uno de ellos, estaban repletas de documentos cuya identidad era casi completa y que representaban el número de nacimientos anormales habidos en sus respectivos países. Además, todos ellos habían traído estudios hechos por los profesores más preparados de su nación, sobre la significación de aquella invasión de monstruos que estaba creciendo sin cesar, amenazando la integridad de una Humanidad, ya casi alocada por el temor.

El sexto llegó al fin, acompañado de un joven de amplia frente, ojos azules y aspecto profundamente preocupado.

Aquella pareja estaba constituida por el profesor Bekeler y su ayudante, el doctor Barton.

Se limitaron a saludar con una simple inclinación de cabeza, tomando asiento después junto a los otros. Luego, después de un embarazoso silencio, Harri Streland, el representante del Reino Unido, se puso en pie.

—Señores, nos hemos reunido aquí para tomar las medidas a algo que escapa a nuestros cálculos y que se está convirtiendo en un peligro que, de no ser detenido, acabará con la especie humana en muy pocos años. Imagino que, más tarde, nos proporcionarán ustedes las cifras de una estadística que, desgraciadamente, y por la experiencia adquirida, no podrá expresar la tremenda realidad que se cierne sobre nosotros. Pienso que lo mejor es que el profesor Bekeler, que lleva estudiando el fenómeno desde su comienzo, nos diga francamente hasta dónde ha llegado la ciencia en el intento de explicar el misterio que nos ocupa y si conoce la forma de detener el brote de monstruosas criaturas que van invadiendo implacablemente nuestro planeta.

Sentóse y con un vago gesto indicó al profesor que podía empezar cuando deseara. Bekeler se incorporó, y tras atusarse el fino bigote blanquecino que ornaba su labio superior, empezó decididamente a hablar.

—Me agradaría infinito poder dar a la satisfacción que me embarga un sentido general que correspondiese a la alegría de haber encontrado la forma de acabar con esta pesadilla de los «bio-esquemas». Digo esto porque debo comunicarles que, en

colaboración con el doctor Barton, mi ayudante, aquí presente, he logrado encontrar, o al menos así lo creo, el motivo que ha producido la aparición de esas extrañas criaturas en la Tierra.

Hubo un colectivo brillo de interés en las pupilas de todos los presentes. Tan sólo las de James parecían tan apagadas como de costumbre, formando parte de la tristeza general que parecía dominarle por entero.

—Nunca —prosiguió diciendo el profesor— podíamos imaginar el origen de todas estas anomalías, si podemos llamarlas así, como más tarde veremos, porque fue la primera cosa que nos preocupó en la posguerra. Recordarán todos ustedes que nada más acabar las hostilidades, con el triunfo de la coalición europea^[6], todo el interés médico y sanitario de las naciones se vertió inmediatamente en las consecuencias que para los supervivientes podía tener el empleo masivo que se hizo de toda clase de armas nucleares y de otras clases no menos nocivas. La atmósfera terrestre estaba por entonces sobrecargada de radiactividad y se esperaban reacciones de muy diversa índole en su acción sobre los organismos vivos. Nadie ha olvidado que durante la triste década, hasta el 2010 o el 11, se trataron millones de quemaduras secundarias y de lesiones ópticas en millones de seres que habían sido sorprendidos por las bombas «cromáticas» o los proyectiles «térmicos». También es verdad que por culpa de las armas que utilizaban los «ultrasonidos», nuestros frenocomios y casas de salud se llenaron completamente con los desgraciados que, de una forma cualquiera, habían perdido la razón.

—Durante años, hasta el 2027, si no recuerdo mal, espíamos atentamente a los habitantes de todos los pueblos, desconfiando siempre de la presencia en nuestra atmósfera de cargas radiactivas muy importantes. Afortunadamente, nos percatamos entonces que la radiactividad atmosférica iba disminuyendo paulatinamente por efecto de la pérdida de energía de los corpúsculos despedidos por las desintegraciones del átomo durante la contienda.

—La Humanidad empezó a respirar con mayor tranquilidad cuando se hicieron públicas las manifestaciones de los físicos, asegurando que antes del 2036 la radiactividad sería tan pequeña como la existente antes de agosto de 1999.

—Después de los físicos fueron los biólogos y los médicos los que aseguramos a la Humanidad que el peligro a contraer enfermedades radiactivas había desaparecido por completo. Utilizando proyectiles sonda con animales testigo y después del envío automático de seres vivos, no humanos, a la primera estación interespacial creada en 2031, se demostró biológicamente que los animales utilizados en la experimentación no habían sufrido la menor alteración orgánica ni fisiológica.

—Como siempre, las gentes volvieron a reír despreocupándose completamente de las cosas que semanas antes les encogían el corazón. Ellos y nosotros, todos creíamos estúpidamente que los muertos y los mutilados habían sido suficiente pago a la guerra mundial que habían pasado. Se consideraba bastante, después de aquel Apocalipsis, la sangre vertida, y los ciegos, los quemados y los dementes constituían algo

completo y que pagaba definitivamente la deuda de una hecatombe más.

—Pero he aquí que cincuenta años después, cuando muchos han aprendido ya a olvidar y otros han nacido sin conocer la gran catástrofe, sus consecuencias aparecen en un tremendo tamaño, imponiéndonos un castigo que, sin duda alguna, ha sido merecido.

—En realidad, señores, lo que ha ocurrido es muy fácil ahora de explicar. Deseo antes que me perdonen, si me veo obligado a emplear términos técnicos, sin los cuales me sería completamente imposible llegar a conclusión alguna. Si alguno de ustedes encuentra cualquier dificultad en la comprensión de lo que me dispongo a exponer, le ruego que, sin ambages, plantee cuantas cuestiones considere necesarias para llegar al nudo del asunto.

—Contra todos nuestros ensueños optimistas, las radiaciones desprendidas de los núcleos atómicos desintegrados, lejos de ser inocuas, atacaron profundamente el organismo humano, no solamente hiriendo su piel, destrozando su retina o malogrando su personalidad psíquica, sino que, contra lo que esperábamos, modificó la íntima estructura de sus células más nobles, preparando el camino a nuevos seres que, dentro de su monstruosidad, representaban las consecuencias de las lesiones que la radiactividad había producido no en los gérmenes, sino en lo más íntimo de ellos.

—Empezamos a percatarnos el doctor Barton y yo cuando nos fue posible estudiar embriones, en diferentes estadios de su desarrollo, en el útero de mujeres encinta, muertas en accidentes varios, sobre todo de circulación. Vimos entonces que las modificaciones de los órganos poseían la misma fuerza que cualquier órgano normal del embrión. Por ejemplo, en los que parecían destinados a poseer las alas, tal como el que nació en la Maternidad Norte de Londres, dichos apéndices formaban parte integrante del embrión, de la misma forma que los brazos o las piernas perfectamente humanas. Tales hallazgos nos empujaron a estudiar «más arriba», en los estados primordiales del ser, cosa que naturalmente, de difícil se hizo completamente imposible.

—Afortunadamente, extraños hechos acontecidos en Australia al célebre y conocido Towson en el seno de sus ganados bovinos, nos permitieron después de recibir un lote de animales vivos capturados por el Ejército, estudiar, «in vivo», el apasionante problema que nos tenía cautivados tan intensamente.

—Nos fue posible así demostrar de una manera inconvertible, que las variaciones que estudiábamos residían, no en el embrión, sino en las células germinales, y más concretamente aún, en el interior de los «cromosomas».

—Explicar lo ocurrido hacía obvia cualquier dificultad. Las partículas radiactivas, emitidas por los átomos desintegrados, habían modificado la íntima estructura de los «genes», incluyendo modificaciones en su natural armonía que produjeron más tarde la aparición de seres que, repito, más que monstruosos, en el sentido nato de la palabra, eran «adaptaciones vitales», nunca mejor calificados que «bio-esquemas»^[7].

—La Naturaleza humana, herida en su parte más sensible, reacciona buscando la

manera más perfecta de mantener la «vitalidad» del ser que se formaba, haciendo lo imposible por convertirle en una criatura «viable». No constituye un secreto para nadie que la naturaleza es poderosamente conservadora y que, por encima de todo, desea cumplir los sabios designios de la Creación. Para ella lo más importante es proporcionar la vida a la mayor parte de criaturas posible. Y cuando algo o alguien intenta impedirlo, se defiende de cualquier manera para lograr sus altos fines.

—Estamos, pues, querámoslo o no, ante un proceso gigantesco en el que células anormales —me refiero, naturalmente, a las «gónadas»^[8]— derivan en organismos que llevan en sí partes que hubiesen desaparecido en el curso de su evolución intrauterina. Naturalmente, que, por encima de estos hechos, encontramos la aparición de órganos animales que deben producirse por el trastorno en la estructura de los genes. Tal es, señores, el origen demostrado de las anomalías que se han producido hasta ahora.

Uno de los delegados —el francés— cortó el silencio que había seguido a las emocionantes palabras del profesor.

—¿No es posible —inquirió— tener alguna esperanza, por remota que sea, de que se logrará acabar con esta monstruosa conducta de la vida?

Bekeler miró a su interlocutor, mientras una triste sonrisa entreabría sus labios.

—No debemos culpar a la vida, señor, de estas anomalías, sino a nosotros mismos. En cuanto a su pregunta, lamento muchísimo tener que vetar las esperanzas de un arreglo. Millones y millones de seres han sido, con toda seguridad, «dañados» por las radiaciones y, a mi juicio, pasarán años, o quizás siglos, antes de que la Naturaleza vuelva al cauce de sus normas de siempre. Es posible, aunque no cierto, que en el momento en que esto se produzca haya sobre la Tierra algunos seres para seguir teniendo hijos como los que han nacido desde el principio de la vida. Pero tampoco es imposible que los monstruos engendrados bajo la acción nociva de la radiactividad se apoderen del planeta haciendo desaparecer definitivamente la especie humana.

Hubo otro silencio, durante el cual los delegados se miraron insistentemente. Finalmente, el británico:

—¿Cómo es posible que todas las niñas que nacen sean normales y que, sin embargo, sean los varones siempre los monstruos?

—Eso, señor —replicó Bekeler— se explica sabiendo que hay caracteres hereditarios ligados a los cromosomas sexuales. Un ser que nace es hembra o varón, según sus cromosomas especiales y, generalmente, una importante parte de la herencia va íntimamente ligada a ello. En el caso que nos ocupa, la aparición de órganos extraños y de toda clase de anomalías que nos ha sido dado observar, está indudablemente determinada por el sexo masculino.

El delegado italiano estaba visiblemente inquieto. Se notaba perfectamente su deseo de manifestar algo que consideraba muy importante. Finalmente, y sin poder contenerse más, se puso en pie.

—Profesor Bekeler —dijo— deseo esclarecerle el motivo de esta extraordinaria reunión que, además de procuramos la preciosa información que nos ha dado, está encaminada a resolver el gravísimo problema que se cierne sobre nosotros. Estoy seguro que sus amplios conocimientos nos serán, en todo caso, de una preciosa utilidad.

—Ya saben ustedes que pueden contar conmigo en lo poco que pueda ayudarles.

El italiano agradeció con una leve sonrisa el ofrecimiento del profesor. Luego, dirigiéndose a los otros:

—Cada uno de nosotros lleva consigo suficiente documentación para que, sin más preámbulos, pasemos al estudio de la medida que las circunstancias nos obligan a tomar. Vamos, pues, a someter a una rápida votación, por pura fórmula, la cuestión que nos ha reunido aquí.

Se votó e hizo el recuento de votos en breves minutos. Otra vez el delegado italiano, con una sonrisa que mostraba claramente su satisfacción, tomó la palabra.

—El acuerdo ha sido aceptado por completa unanimidad. Pasemos, pues, a exponerlo, para estudiar rápidamente las particularidades que se aplicarán. Hemos decidido, con el asesoramiento del profesor Bekeler, crear un sistema para destruir todos los fatídicos engendros que ya no caben en nuestros establecimientos, especialmente montados para ellos y que, por lo tanto, constituyen un creciente peligro para la sociedad y la civilización. Cada día miles y miles de seres monstruos llegan a la vida, planteando problemas cada vez mayores. No es muy atrevido pensar que dentro de algunos años serán tan numerosos como los seres normales o, lo que es muy probable, alcanzarán una mayoría absoluta. Conscientes del tremendo peligro que esto puede constituir para nuestros respectivos países, vamos a adoptar las medidas necesarias para proceder a la destrucción de estos monstruos, impidiendo que lleguen a la edad adulta y que puedan organizarse contra la sociedad, hundiéndola en un verdadero infierno.

Así fue estudiada y aprobada la destrucción de los «bio-esquemas».

* * *

Barton, con una bruma espesa en el alma, de ideas contradictorias, acompañó a su jefe hasta el domicilio de éste. Luego, en su propio coche, regresó rápidamente a su hogar.

Toda la asamblea, sus medidas, sus preocupaciones y sus determinaciones habían pasado sobre él, como algo que le era completamente ajeno. La profundidad de su angustia era tanta que las terribles cosas que se dijeron en la reunión le habían dejado completamente frío, protegido, como estaba, por su particular estado de ánimo.

Melancólicamente, pensó en la natural alegría que hubiese sido la suya en aquella fecha en que se cumplía el aniversario de su boda con Mary. Tenía que haber sido un

día extraordinariamente feliz y, sin embargo, jamás sufrió una angustia semejante a la que, en aquellos momentos le atenazaba implacablemente.

Entró en su casa, vacía de vida, para cambiarse rápidamente. Antes de salir, al pasar por el amplio «living», echó una ojeada a la fotografía de su esposa que parecía mirarle interrogativamente desde el fondo dorado del marco.

Mary y él esperaban un niño.

James había llevado a su esposa a la clínica particular del doctor Bekeler y desde que había sabido el estado de su mujer, el miedo se había abierto camino en su mente, horadándola sin piedad, como un ácaro siniestro.

No podía por menos de maldecir a la luctuosa generación que había provocado la terrible Tercera Guerra Mundial, sin pensar, en su inexplicable ceguera, las terroríficas consecuencias que podía derivarse para los hombres que todavía no habían nacido...

Pensó en los dichosos tiempos del pasado en el que el solo anuncio de la paternidad colmaba de dicha a cualquier hombre. Ahora, en el alocado Planeta, el maravilloso gozo de crear se había convertido en una angustia indecible, en una atroz pesadilla, en la que ocupaban un primer puesto, las ideas del temor a ver nacer, de la esposa amada, uno de aquellos horripilantes monstruos.

Hasta entonces el problema de los «bio-esquemas» había constituido para él una apasionante y científica cuestión en la que había puesto todo su juvenil entusiasmo. Pero en aquellos instantes, cuando por vez primera veía acercarse el momento tan temido, sentía la angustia que millones de seres humanos habían sentido mucho antes que él.

Quizá su propio egoísmo pudiera encontrar argumentos para situar su dolor a más altura que el de los demás. Sus profundos conocimientos sobre aquellas anomalías, podían colocarle en un privilegiado lugar, en cuanto a una mayor angustia sentida.

Pero, razonando limpiamente, debía mostrarse de acuerdo con todos aquellos que sin conocimientos especiales habían visto en el esperado retoño una criatura de la que solamente podían horrorizarse.

La Clínica Obstétrica, del profesor Bekeler, estaba situada en las afueras del Gran Londres y rodeada de un extenso parque, que la envolvía en una tranquilidad ambiental insuperable. Lejos del tráfico urbano y fuera de las líneas aéreas, una sensación de indecible reposo se apoderaba de quien penetraba en aquel hermoso recinto.

Detuvo el coche junto a la amplía escalinata de la entrada principal. Luego impaciente y al tiempo temeroso, penetró en el edificio dirigiéndose directamente a los departamentos médicos de guardia.

En encargado de la clínica, en ausencia del profesor, era un médico joven de origen alemán, estudioso en extremo y al que todo el mundo auguraba un futuro lleno de gloria científica. Además de los estudios de su especialidad, en los que destacaba

potentemente, había dedicado mucho tiempo a la Genética, alcanzando conocimientos sorprendentes en esta materia. En realidad ayudó mucho a Bekeler y Barton en los interesantes hallazgos en cuanto al origen de los «bio-esquemas».

Era alto, desgarbado, de complexión débil, con un único detalle que sobresalía en su personalidad de una forma absoluta. Era su frente, descomunal, enorme, amplia por todos sus lados y ligeramente abombada, convexa y lisa en todas sus partes. Indudablemente se trataba de una frente de pensador, de teórico.

Se llamaba Karl Freudläger y había nacido en Berlín, en 2020. Tenía, pues, entonces treinta y tres años, y pese a su juventud era reconocido en el ambiente científico como un excelente investigador y una verdadera autoridad Genética.

Quizá lo extraño de su carácter contribuía positivamente a protegerle de lo que él consideraba nimiedades humanas. Así, siempre en el laboratorio o en los quirófanos de la Clínica, nadie le había visto jamás en cualquiera de esos lugares de normal esparcimiento en los que hombres profundamente preocupados por hondos problemas de mil clases distintas se cobijan, a veces para lograr un poco de merecido descanso.

—Buenos días, doctor Barton —saludó, saliendo al encuentro de su colega.

Se estrecharon las manos.

—¿Cómo sigue?

El otro le miró distraído.

—¡Ah! ¿Su esposa? ¡Perfectamente, doctor! No creo que debamos esperar más de una hora. La hemos llevado ya al quirófano y uno de mis compañeros se ocupa especialmente de ella. ¿Desea verla?

Un escalofrío recorrió la espalda de James. Hubiese deseado estar junto a Mary, pero no se sentía con suficiente valor para ello.

—No... —balbuceó confuso—. Se lo agradezco mucho, doctor Freudläger. Prefiero estar con usted hasta que todo haya acabado.

—Lo comprendo —repuso el otro—. Si no le parece mal podemos ir al laboratorio. Quizá se interese por algo que me gustaría enseñarle.

Contrariamente a lo que James podía suponer, atravesaron sin detenerse la parte del laboratorio donde se trabajaba sobre «bio-esquemas». Tremendos microscopios electrónicos^[9] levantaban sus masas brillantes por doquier.

Karl se detuvo ante una pequeña puerta, sobre la que alguien había pintado recientemente un letrero, que olía aún fuertemente a pintura.

LABORATORIO DE FÍSICA Y OPTICA

del

doctor Karl Freudläger

Prohibido el paso sin su autorización

El alemán se había vuelto hacia su colega sonriendo. Luego, empujando

decididamente la puerta, se hizo a un lado para permitir la entrada del inglés.

—¡Pase, pase, doctor Barton!

La puerta se cerró tras ellos, y James, francamente interesado, echó una primera ojeada curiosa a su alrededor.

Fuera de un desmesurado aparato, que reinaba completamente, lo demás estaba vacío y abandonado como cualquier vulgar desván. En los rincones, y un poco por todos lados, se amontonaban los más heteróclitos objetos, sobre todo los instrumentos mecánicos y de precisión.

Karl miraba con visible cariño y no poca satisfacción al enorme aparato que se elevaba en medio de la estancia.

A simple vista parecía, indudablemente, una grúa. En la parte que podía denominarse posterior se veía una cabina apta para una o dos personas, y de cuyo centro y por la parte anterior brotaba una prolongación, en forma de mástil telescópico de brillante metal, que se elevaba a cerca de tres metros sobre el suelo, adoptando, en su porción terminal una forma puntiaguda que a su vez sustentaba una especie de brillante platillo.

Leyendo una creciente curiosidad en los ojos de Barton, Freudläger se acercó a él.

—Comprendo su extrañeza, doctor Barton. Pero eso que está usted viendo no es más que un microscopio electrónico en el que he logrado centuplicar la potencia, instalando varias lentes de fotones distribuidos según una nueva fórmula. Haga el favor de subir aquí conmigo.

Ocuparon los dos únicos en la cabina. Ante ellos, además de una pantalla de unos sesenta centímetros de lado, se extendía un complejo cuadro de mandos, que el alemán empezó a maniobrar con inusitada destreza.

Momentos más tarde la pantalla se iluminaba, dejando ver una masa gelatinosa que ocupaba casi todo el espacio visible.

—Es un célula germinal de uno de los animales que recibimos de Australia —explicó el germano— y que aún tenemos vivos. Como usted puede ver manejamos aún aumentos correspondientes a los microscopios electrónicos corrientes. Mire ahora.

Una masa oscura llenaba ahora por completo la pantalla.

—Hemos duplicado los aumentos —dijo Freudläger—. Ahora hemos llegado al límite de lo que puede conseguir cualquier microscopio corriente.

Había pulsado otro mando y la escena cambió por completo. Una especie de ovillo denso, del que sólo eran visibles algunas partes, llenaba por completo el espacio visible.

James no pudo evitar una exclamación de admiración.

—¡Cromosomas!

Karl dejó escapar una risita breve.

—Sí, querido colega, cromosomas. Ahora —siguió diciendo— voy a provocar una carioquinesis. Luego seguiremos viendo esto con mayor claridad.

Al impulso de otra palanca la célula se animó, y a los pocos instantes aquel ovillo negruzco se dividía en partes iguales y numerosos cromosomas sueltos, que seguidamente empezaron a dividirse a todo lo largo, acabando por sus puntas y dejando dos especies de asas en los extremos primeramente separados.

Repentinamente, Karl oprimió un nuevo botón y un grupo enorme de círculos que casi inmediatamente fueron aumentando de tamaño hasta que la pantalla se limitó a mostrar uno sólo, aparecieron, resultando una visión fantástica, que era, con toda seguridad, la observación más aumentada que habían visto jamás ojos humanos.

—¡Ahí tiene usted un «gene», amigo Barton! Es la primera vez que los hombres consiguen hacer una observación tan detallada. Pero lo fundamental es que ya sé los valores que encierran esa esferita y puedo modificarlos a mi antojo, imprimiendo por mi voluntad los caracteres hereditarios que me plazcan.

—¡ES imposible! —exclamó James estremeciéndose.

Karl volvió a sonreír.

—Con que imposible, ¿eh? ¡Mire usted!

La esfera había desaparecido, surgiendo una especie de caos, en medio de una completa negrura, en la que brillaban puntos blancos que formaban figuras aparentemente geométricas.

—¡Doctor Barton, es usted el primer ser humano, después de mí, que observa un «gene» por dentro! Todos esos puntos brillantes que usted ve ahora no son más que los átomos que forman la colosal molécula que, después de todo, es el «gene». Una gigantesca molécula albuminoidea de cuya estructura íntima depende su misión hereditaria. Vea usted cómo, a la semejanza de un cielo estrellado, los átomos parecen formar constelaciones que se mantienen siempre dentro de incommovibles distancias. Yo he descubierto muchas de estas constelaciones y su significación exacta...

Otra esfera, otra más y luego otra fueron pasando delante de los asombrados ojos de James, que creía estar soñando. De repente, una, que parecía seguir el camino de las anteriores, fue detenida en la pantalla.

—¿Qué ve usted ahora, doctor Barton?

Veía constelaciones idénticas o parecidas a las que había observado hasta entonces. Pero fijando más intensamente su atención pudo descubrir, en uno de los extremos de la esfera, algunas de aquellas luces, que se movían locamente de un lado para otro dentro de un limitado espacio.

—Esos átomos no guardan la armonía general —exclamó entre dientes.

—¡Muy bien, querido colega! —gritó el otro—. Ha visto usted muy bien, en efecto. Precisamente este «gene» que observamos ahora ha sido alterado por la radioactividad de la última guerra. Al principio, todos sus átomos sufrieron un tremendo descalabro y corrieron cómo ahora lo hacen esos de la izquierda. Pero lentamente la armonía estructural se fue consiguiendo, naturalmente de una forma completamente diferente a la antigua. No podemos decir por ahora qué clase de variación representa este «gene», pero no tardaré en saberlo.

Había apagado la pantalla y mirando sonriente a Barton le invitaba a descender de la pequeña cabina.

Este, con la cabeza embrollada de ideas contradictorias, bajó los pocos escalones de madera que le separaban del suelo. Estaba confuso y nervioso a la vez, habiendo olvidado por completo que Mary estaba en el quirófano sufriendo en aquellos momentos.

El primer contacto con la realidad se produjo en su mente al salir de los laboratorios. Fué entonces, y solamente entonces, cuando logró escaparse de la fantástica sensación que le había poseído por completo.

—¡Mary! —gritó.

Corrió locamente por el pasillo, atravesando el edificio en toda su longitud. Luego al encontrarse ante la puerta del quirófano intentó abrirla, en el mismo momento en que alguien le gritaba por detrás.

—¡Doctor Barton!

Era Tower, otro de los ayudantes del profesor. Mortalmente pálido acercóse a su colega.

—Le he estado buscando por todas partes, doctor. Hasta llegué a creer que no había llegado aún a la Clínica, pero al ver su coche ante la puerta intenté encontrarle vanamente.

James estaba confuso y asustado.

—He estado en el laboratorio con el doctor Freudläger —balbuceó. Luego inopinadamente—. ¿Qué ha ocurrido, Tower?

El otro no contestó. Sus labios se movieron, pero las palabras no lograron manifestarse sonoramente, quedando todo en un balbuceo inaudible.

Girando los talones, James intentó penetrar en el quirófano; pero los fuertes brazos de Tower le sujetaron, impidiéndole llevar a cabo su propósito.

—¡Déjeme!

—Espere, doctor Barton. No entre, por favor. Yo le explicaré todo...

James sintió que su corazón amenazaba detenerse. Después de dominarse, gracias a un poderoso esfuerzo, separóse de la puerta, apoyándose en el reborde interno de uno de los gigantescos ventanales del pasillo.

—Diga.

—Ha sido terrible, Barton. Su esposa no quiso escucharme, no admitiendo la anestesia. Por mucho que lo intentamos no pudimos evitar que ella «lo» viese...

—¿Era... un monstruo de esos?

Tower afirmó con la cabeza.

—Lanzó un grito horrible al que debió suceder un ataque cardíaco. No pudimos hacer nada, querido colega...

James cerró los puños, intentando impedir que las lágrimas acudiesen a sus ojos. Luego, sin decir nada más, penetró en el quirófano, lanzando una mirada a la inmóvil forma que envuelta en la sábana, yacía en el lecho.

**SEGUNDA FECHA
8 DE NOVIEMBRE DEL 2060.**

DESPUÉS de la operación de destrucción de los «bio-esquemas», criticada ásperamente por muchos grupos humanos, la Humanidad, a partir del 2055, pudo respirar con cierta tranquilidad, sometida, no obstante, a una serie de medidas drásticas que no podían hacerla olvidar en modo alguno la terrible desgracia que había caído sobre ella.

Un control despiadado de tipo policíaco investigaba sin cesar todos los nacimientos eliminando todos los monstruos que seguían siendo enviados a centros especiales...

En el inmenso departamento de la «Bird Control Setion», el jefe, Harold Stanley, desde su mesa de despacho, situada en el centro del dilatado círculo que formaba la sala, echaba constantes ojeadas a los cuadros luminosos, en donde los cerebros electrónicos iban marcando los nacimientos en las cinco partes del mundo.

Parpadeaban los puntos luminosos, al tiempo que las cantidades se sumaban vertiginosamente. De cuando en cuando, rompiendo el silencio, un altavoz dejaba caer el sonido cantarín de una cifra.

—¡Un millón trescientos cuarenta y ocho mil novecientos cincuenta y tres!

Inmediatamente después otro altavoz, conectado con los «integradores» totales, que daban la población de la Tierra, recibiendo las conexiones de todas las muertes cada décima de segundo, modulaba sus tremendas cifras.

—¡Ocho mil novecientos sesenta millones de habitantes!

Allí, dentro de aquellas paredes, sobre las cuales volaban las luces de los cerebros electrónicos, la vida parecía reducirse a cifras, entrando de lleno, en el campo de los números para los que el dolor, el sufrimiento, el gozo, el amor y la muerte no poseen significación alguna.

Una cinta perforada, que salía de un aparato próximo al despacho de Stanley, vertía sobre la mesa de éste la cifra exacta de los nacidos varones, lo que quería decir de los nacidos monstruos.

La población normal y, por ende, femenina de la tierra sumaba ya más de las tres cuartas partes de la totalidad. Excepto en las zonas europeas, en las que el control de nacimientos se había hecho lo más rigurosamente posible, en los amplios espacios de Eurasia, de África y en algunos puntos de América del Norte y del Sur nada se había podido hacer para detener el nacimiento de las terribles criaturas, que surgían de la carne humana.

No obstante las cosas, dentro de la preocupación y angustia general que ninguna medida científico-gubernamental había logrado hacer desaparecer, marchaban, en Europa al menos, dentro de cauces casi normales. Se vivía influidos, no obstante, por aquel inusitado camino que tomaba la pobre Humanidad.

La catástrofe estalló brutalmente el 8 de noviembre del 2060, cuando en medio de la tranquilidad de todas las ciudades europeas empezaron a llegar, a través de las

emisoras de televisión, las primeras noticias de lo que había ocurrido, en las primeras horas de la mañana, en la Ciudad de Marsella.

Millones de «televisoyentes» estuvieron durante aquel largo día pendientes de los nuevos datos que les iban llegando desde el lugar de los sucesos. Luego, al caer la noche, los «speakers» hicieron un resumen general de lo ocurrido.

«En la madrugada del día de hoy y cuando la ciudad de Marsella dormía tranquilamente lejos del peligro que se cernía sobre ella, un par de millares de monstruos «bio-esquemas» brotaron de la negrura de la noche, lanzándose como bestias sobre la ciudad.

—Es muy difícil, aun en estos momentos, poder precisar lo que ocurrió en los primeros instantes del ataque. La totalidad de los servicios policíacos y los de vigilancia nocturna fueron arrollados por los «bio-esquemas», pereciendo en sus manos.

—Hay, sin embargo, algunos datos referidos por algunas personas que alcanzaron a ver por pura casualidad a los demoníacos asaltantes. Entre las descripciones recibidas hemos escogido los relatos de dos de los providenciales testigos. Hélos aquí.

—El primero corresponde al de Madame Blanchard. Esta señora describe así lo que alcanzó a ver: «El lloriqueo de mi niña más pequeña me había despertado en medio de la noche, y preocupada por el bebé que tenía algo de fiebre permanecí junto a la cuna. No tenía miedo alguno de encontrarme sola, ya que mi esposo, empleado de los ferrocarriles como inspector, había salido con uno de los trenes que van a París.

—Me preocupaba mi pequeña pero no tanto como para avisar al doctor. La fiebre no era muy alta y preferí esperar a que fuese de día para prevenir al médico si la temperatura continuaba. Recuerdo perfectamente el silencio que reinaba sobre toda la ciudad.

—No recuerdo exactamente la hora que era, pero de repente oí un fragor inusitado en la calle. Sin encender la luz del salón junto al que está la habitación de mis pequeñas, me acerqué a la ventana movida por una creciente e irresistible curiosidad.

—El terror me dejó clavada junto a los vidrios.

—Cientos de monstruos corrían locamente por las calles. Sus chillidos, rugidos o lo que fuesen, eran sencillamente espeluznantes. Incapaz de hacer el menor movimiento y con los ojos desorbitados, les vi penetrar en muchas de las casas vecinas de las que salían cargados de pobres muchachas y mujeres, cuyos gritos de horror eran tan fuertes que sonaban por encima de los rugidos de aquellas horripilantes fieras. Contra todo reflejo de defensa yo me sentía completamente incapaz de moverme. Parecía, y ahora al recordarlo me estremezco más aún, que una especie de extraño hipnotismo me tenía anclada junto a la ventana.

—Recuerdo perfectamente que durante un largo rato me llegué a olvidar por

completo de mi hijita y que permanecía como embrujada, contemplando las idas y venidas de los monstruos y oyendo horrorizada los espeluznantes gritos de las mujeres que raptaban.

—Lentamente, después de un tiempo que sería bien incapaz de precisar ni aproximadamente, la calle se fue vaciando de aquellas horribles criaturas, hasta que el silencio volvió a apoderarse de la ciudad.

—Por unos instantes creí que había soñado todo aquello, ya que lo que acababa de ver me parecía producto de una pesadilla horrible. Respiré profundamente, incapaz aun de ordenar el caos de ideas que giraban en mi mente cuando, a un tiempo, las luces de todas las casas de la ciudad se encendieron violentamente.

—Momentos más tarde, la gente, lanzando gritos de espanto, invadió las calles reclamando sus familiares desaparecidos. Quien las hijas, otros las hermanas o las esposas, todos ellos corrían intentando descubrir el camino que habían seguido los raptos.

—Recuerdo que muchos de ellos mostraban heridas, rápidamente vendadas, que debían haber recibido en su lucha contra los monstruos al intentar impedirles sus horrendos propósitos.

—Esta es, señoras y señores —siguió diciendo el «speaker»—, la versión emocionante de Madame Blanchard. Pero la que van a escuchar ahora, y que nos fue relatada por mademoiselle Perigou, posee una mayor intensidad dramática, ya que esta señorita «vio» y «luchó» contra los atacantes, pudiendo así proporcionarnos un relato mucho más detallado de la desgracia acontecida en nuestra ciudad.

«Me llamo Angéle Perigou y vivo con mi familia en la céntrica Place de la Méditerranée. Ocupamos un amplio piso, cuyos ventanales dan a la plaza, en número de ocho. Tengo diecisiete años, que he cumplido recientemente.

—La noche del 7 al 8 permanecemos en vela, ya que estábamos preparando la ropa para mi hermana Pierrette, que debía contraer matrimonio el mismo día 8 a las once de la mañana.

—Dábamos los últimos retoques a su vestido de novia y éramos en total seis muchachas, que trabajábamos y charlábamos sin cesar. Mis dos hermanas mayores, Lily y Odette, ya casadas, habían venido a casa para ayudarnos. Además tres vecinas de mi propia casa se habían brindado gentilmente para echarnos una mano.

—Papá, mamá y Pierrette estaban en un pequeño salón, vecino a la habitación en que nos encontrábamos nosotras. A Pierrette no la dejábamos entrar, ya que esperábamos darle una agradable sorpresa cuando su maravilloso vestido estuviese terminado completamente. Tan emocionadas como ella, habíamos procurado tomarle medidas sobre un viejo patrón, hecho con un antiguo vestido de mamá, de forma a que ni siquiera adivinase la clase de ropa que le estábamos haciendo.

—Papá leía el periódico y mamá, en el rincón opuesto del saloncito, contemplaba una emisión de televisión que solíamos escuchar algunas veces, emitida por una cadena norteamericana de obras de teatro moderno.

—De cuando en cuando nos deteníamos para tomar café o comer algunas golosinas de las que mamá había preparado una cantidad suficiente para casi toda la noche. Les aseguro que no sentíamos el menor cansancio y que estábamos gozando de una noche inolvidable.

—En estos tiempos en que los hombres escasean nuestros comentarios giraban ante el problema futuro de un mundo sin varones, que se extinguiría irremediablemente.

—Puedo indicarles casi exactamente cuando empezó todo aquel horror, porque cinco minutos antes, a las tres y diez de la madrugada, habíamos interrumpido el trabajo, casi completamente terminado, y mi hermana Odette, que es aproximadamente de la misma estatura y peso que Pierrette, se probó el vestido antes que lo hiciese la propia novia, de forma a que pudiésemos juzgar el efecto y ver si habíamos conseguido lo que nos proponíamos.

—Rodeamos a Odette. Que parecía una princesa de uno de esos maravillosos cuentos que leen los niños. El vestido, con una larga cola de más de cuatro metros de longitud, era sencillamente encantador.

—Todas reíamos, haciendo sabrosos comentarios sobre lo que diría el novio cuando viese a su lado a Pierrette vestida con aquella maravilla de raso blanco. Recuerdo perfectamente que yo estaba junto a la puerta que da al pasillo y que me hallaba embelesada por la contemplación del vestido. Debido a mi posición fui la primera en apercibirme de que algo raro ocurría.

—Exactamente una de las veces, al mirar a Odette, que evolucionaba graciosamente imitando los ademanes de un maniquí de alta costura, lancé una rápida mirada a la ventana.

—Quedé petrificada. Estoy casi segura que en aquel preciso instante creí que mis fatigados ojos me estaban jugando una de esas bromas pesadas que se producen cuando después de fijar la vista sobre algo durante mucho tiempo se ven cosas raras al mirar hacia otro lado.

—Dos ojos terriblemente brillantes me miraban. De eso no había duda posible. Debajo de aquellos ojos una corta trompa estaba adherida, como una ventosa, al cristal del ventanal.

—Como mi hermana Odette, de pie en el centro de la habitación, me hacía sombra, ocultando tras ella la lámpara central, podía ver yo con todo detalle lo que ocurría detrás de la ventana, ya que los reflejos de la lámpara no existían.

—Estaba completamente aterrada y contenía mi respiración, al tiempo que me llegaban sordamente los latidos del corazón, que parecía desear salirse de mi pecho.

—Pude ver claramente, por las circunstancias que acabo de decir, la forma horrible de aquel rostro y las alas, sobre todo las alas, largas, membranosas y de un gris sucio, que se movían acompasadamente detrás de la espalda de aquel monstruo.

—Lancé un grito estridente que por desgracia acudió a mi boca demasiado tarde. Pero ahora no me extraña que sobrecogida por el terror, que se había apoderado de

mí, tardase tanto tiempo, creo que más de tres minutos, en reaccionar como debía.

—No había acabado de gritar cuando los cristales de muchos de nuestros ventanales saltaban violentamente hechos pedazos. Aquellos monstruos horribles irrumpieron en nuestra habitación al tiempo que mis hermanas y mis amigas lanzaban gritos de espanto.

—Lo que luego sucedió fue horrible. Los monstruos batían violentamente sus alas al tiempo que lanzaban agudos chillidos y que se apoderaban de las muchachas. Vi entrar a papá y lanzarse valientemente a la lucha. Pero uno de aquellos horrendos seres le golpeó furiosamente con las alas y mi padre, se desplomó sin sentido en el suelo.

—Entre imágenes de indescriptible horror vi a uno de los monstruos apoderarse de mi hermana Pierrette, que había acudido a los gritos. Loca de furor, y sin darme cuenta de lo que hacía, me apoderé de un bastón de papá que estaba en el salón y golpeé con todas mis fuerzas al repugnante ser que tenía a Pierrette desvanecida en sus velludos brazos.

—Se oían gritos desgarradores por todas partes. Yo seguía golpeando a aquel repugnante ser. Luego, uno de ellos, de un aletazo formidable, destrozó la lámpara y una densa oscuridad cayó en mi alrededor.

—Me detuve de golpear por miedo a herir a mi hermana. Un coro de salvajes chillidos, tremendamente agudos y que parecían penetrar en el cerebro, me rodeaba...

—Luego, inopinadamente, se hizo el silencio. Permanecí como aturdida durante un buen rato. Después, al reaccionar, salí disparada de la casa, tropezando en las escaleras con mucha gente que gritaba desaforadamente.

—La calle estaba llena de personas que lloraban, se lamentaban o gritaban amenazadoramente, reclamando la presencia del Ejército y preguntándose estúpidamente qué debíamos hacer.

—Eso es todo.

—De todas las mujeres que estábamos en mi casa, yo, por un puro milagro, he sido la única que escapó a las garras de los monstruos. Mamá fue muerta por uno de ellos y papá sufre una grave conmoción cerebral, no habiendo aún recobrado el conocimiento.

—Este es, señoras y señores, el testimonio vivido de una testigo que logró escapar milagrosamente a la alevosa agresión de que ha sido objeto nuestra ciudad. No nos queda más que hacer una pregunta de interés general que creemos se formularán igualmente ustedes después de lo ocurrido:

—¿ES ESTA LA ÚLTIMA AGRESIÓN DE LOS «BIO-ESQUEMAS?»

—Corresponde a las autoridades competentes tomar las medidas urgentes, no solamente para salvar a todas las ciudades del mundo de esta horrible y alucinante pesadilla, sino también intentar, por todos los medios a nuestro alcance, salvar a las pobres y desdichadas víctimas de Marsella en el lugar en que se encuentren.

«Sería sencillamente vergonzoso que en pleno siglo XXI hubiésemos de soportar

raptos semejantes a los que se producían en la Edad Antigua. Poseemos medios eficaces para hacer desaparecer lo que por desgracia ha brotado de nuestra propia carne. Pueden algunos, dejándose llevar por una sensiblería fuera de lugar, poner reparos a lo que decimos. Pero nosotros les invitamos simplemente a que se pongan en comunicación con la desolada población marsellesa o a que, sencillamente, piensen en sus esposas, en sus hijas o en sus prometidas, imaginándolas en poder de los terroríficos «bio-esquemas».

Barton, envejecido, con un rostro arrugado y una escasa cabellera blanquecina, cerró el aparato de televisión. Una mueca dolorosa, embebida de tristeza, se pintaba en sus rasgos cansados.

Desde el lugar que ocupaba, sentado en su despacho de Director de la Maternidad Norte —Bekeler había muerto hacía dos años—, contemplaba, a través del amplio ventanal, lo poco que la niebla dejaba ver de la gigantesca ciudad de Londres.

Fuera de las inherentes preocupaciones de su constante trabajo científico, James vivía de recuerdos. Y como éstos llevaban consigo el dolor y la congoja, su rostro parecía haberse cubierto de una máscara de tragedia griega, que llegaba a ocultar por completo la intensa angustia que le dominaba constantemente.

No tenía esperanza alguna, ni desde el punto de vista científico ni desde el humano, de que la alucinante desgracia que había caído sobre la Humanidad se resolviese. Cuando pensaba en ello, le parecía asistir al Fin de los Tiempos y todo su ser se inclinaba progresivamente a la oración, recordando a la mujer a quien había amado tan profundamente.

Las noticias que acababa de escuchar le sumieron en un caos de preguntas que se hacía a sí mismo y cuyas respuestas no eran fáciles de encontrar.

Hacía exactamente diez años que el primer «bio-esquema» había nacido en aquel mismo edificio, en aquella madrugada terrible, cuando personalmente hubo de enfrentarse a algo insólito.

Diez años...

Parecía inconcebible, pero tenía que haber una explicación correcta que dilucidase completamente los acontecimientos de Marsella. No cabía duda, alguna que las mujeres habían sido raptadas por los «bio-esquemas», ninguno de los cuales podía tener diez años. A lo sumo, siete o seis...

¿Cómo era posible entonces?

La pubertad se producía, en la Especie humana, alrededor de los quince años y el desarrollo definitivo no podía considerarse acabado, salvo rarísimas excepciones, hasta muy cerca de los veinte.

¡SIN EMBARGO, LOS «BIO-ESQUEMAS» HABÍAN ROBADO MUJERES

CUANDO AÚN NO HABÍAN CUMPLIDO LOS DIEZ AÑOS!

Era un problema apasionante, que le mantuvo en sillón durante largas horas, sin dejar de mirar distraídamente, la bruma sucia que parecía pegada a los muros de las casas, a las ramas de los árboles y hasta a las briznas de hierba que cubrían los parques de la Maternidad.

Lentamente, abriéndose paso en el caos que reinaba en su cerebro, las ideas fueron esclareciéndose a medida que la razón las iba colocando en su puesto. Finalmente, la luz reinó por entero en su mente y suspiró satisfecho al haber encontrado la solución al problema que le torturaba.

Ahora todo estaba claro. ¡Los «bio-esquemas» no eran personas! Todo lo que poseían de humano no era más que una apariencia que recubría su naturaleza puramente animal. La radiactividad había destrozado «algo» en los cromosomas. Algo tan importante, que los seres animales nacidos se habían encauzado hacia una pura animalidad, descendiendo al punto de la escala zoológica que les correspondía.

Así podía explicarse que antes de los diez años de edad hubiesen alcanzado una madurez completa, que les había empujado a raptar las mujeres de los hombres.

Que fuesen animales no quería decir que careciesen de inteligencia. El asalto a Marsella demostraba una preparación cuidadosa y una puesta en marcha de un plan preconcebido. Era natural que sus cerebros estuviesen situados en un plano superior al de los animales. Pero aquella pubertad —si así podía llamarse— tan precoz, indicaba que sus organismos seguían leyes puramente parejas a las de los animales a los que se asemejaban.

No existía, pues, problema moral alguno que impidiese o coartase su destrucción. Debían ser aniquilados como alimañas, a pesar de haber nacido de seres humanos.

Levantóse y, encendiendo un cigarrillo, colocó su rostro junto al cristal, contemplando la tristeza que ponía la niebla en las cosas.

Dejándose llevar por los recuerdos, pensó en la monstruosa criatura que había nacido de él, sintiendo una repugnancia hacia sí mismo que logró vencer, no sin dificultad. Aquel monstruo, causante de la muerte de Mary, había sido enviado a uno de los Centros de Inglaterra, en los que se amontonaban por millares. Luego, sin prestar mucha atención, Barton había oído comentar que la mayoría de aquellos seres habían logrado huir. Sobre todo los dotados de alas, desapareciendo hacia el Sur de Inglaterra y, probablemente, pasando después a África.

Barton no pudo evitar un estremecimiento de horror, al pensar que uno de los asaltantes de Marsella podía ser su hijo...

¿Su «hijo»?

¡Qué extrañamente sonaba aquella palabra cuando se refería a algo que estaba tan lejos de él como un lobo perdido en cualquier montaña del mundo!

Pensó en retirarse a descansar un rato. Después, como solía hacerlo cada día, iría a trabajar un buen rato en compañía del doctor Freudläger, con el que seguía colaborando estrechamente.

No era que el alemán le gustase mucho. En realidad, Karl había evolucionado muchísimo, haciéndose cada vez más reservado, más huraño y aumentado sus rarezas cada día. Pero todo aquello en cuanto a las mutaciones sufridas en el carácter de Freudläger, importaban un bledo a James.

Lo que le interesaba sobremanera era el poder utilizar el maravilloso supermicroscopio del germano para poder ahondar cada vez más en la maravillosa estructura macromolecular de los «genes» hasta llegar a descubrir la manera de impedir que los monstruos siguiesen naciendo.

Sin perder las esperanzas de llegar a uno u otro resultado, Barton no podía dejarse llevar de demasiadas ilusiones, limitándose a ir hilvanando los nuevos conocimientos adquiridos y esperando que un día podría, al fin, formar el inmenso y complejo «puzzle» que constituía aquella vital cuestión.

James sabía perfectamente que, desde siempre, la vida se había mostrado reacia a librar sus más íntimos secretos, complaciéndose, si se podía hablar así, en multiplicar las dificultades y los enigmas a medida que iba dejando parcelas de sus arcanos en las ávidas manos de los investigadores.

Se reclinó sobre una «*chaise-longue*» y, cerrando los ojos, dejóse arrastrar por las corrientes de sus recuerdos, saboreándolos, ya medio dormido, como gozan los caminantes del desierto cuando aperciben, a lo lejos, un oasis, aunque estén plenamente convencidos de que no se trata más que de un espejismo.

ELISABETH Cartlon era una muchacha opulenta. La magnanimidad con que la había tratado la Naturaleza corría pareja con su mentalidad, tan exuberante y extrovertida como su organismo.

Una vitalidad extraordinaria la mantenía en una constante inquietud y ya eran célebres sus escritos en muchos de los cotidianos de Londres.

Desde que empezó a escribir, su feminismo, llevado fanáticamente «a outrance», le había creado la enemistad divertida de la mayoría del sexo fuerte. Aquello no había hecho más que espolear su viva imaginación, proporcionándole unos argumentos cada vez más sólidos y que llegaron a inquietar seriamente a ciertos círculos oficiales.

Pero, para bien de las cosas, Elisabeth, profundamente política, supo amainar hábilmente la tormenta que había levantado sin dejar, no obstante, de manera menos ruidosa, de seguir defendiendo los intereses de su Sexo.

Dos años antes del asalto de los «bio-esquemas» a Marsella, miss Cartlon se había convertido provisionalmente en una firma que se leía mucho más que las páginas cómicas del «Daily Mirror». Habiéndose replegado a unas posiciones puramente defensivas, Elisabeth jugaba humorísticamente con sus temas, dejando a sus ardientes lectoras que adivinasen, en medio de la chanza, los serios motivos que seguían siendo ardientemente defendidos por la escritora.

Londres, ese gran niño con cabellera de niebla, se había acostumbrado a Cartlon, como en otros tiempos soportó y gustó de los espontáneos oradores de Hyde Park. De ninguna manera hubiese concebido ciertas horas de sus grises días sin un comentario sabroso sobre el último artículo festivo de Elisabeth Cartlon, como no hubiera perdonado jamás una apacible tarde, alrededor de las seis, sin una taza de té que reuniese a los miembros de la familia en un «living» con chisporroteante chimenea, punto central de algo que podía llamarse de otra manera que «home».

Por todo ello, al viejo Londres lo corrió un escalofrío de terror a lo largo del sinuoso Támesis, su verdadera columna vertebral, cuando en una de sus grisáceas mañanas se vio desposeído del poder masculino, sin haberlo siquiera sospechado, entre las negruras de la noche que acababa de terminar.

Todos los edificios públicos y centros oficiales habían sido tomados por bandas de mujeres armadas y decididas que se habían apoderado del cerebro del Reino Unido cuando sus habitantes masculinos soñaban en las próximas carreras de caballos o se lamentaban, entre sueños, de la perdida grandeza británica.

Lo más sorprendente fue que no hubo reacción alguna por parte de los hombres. Al principio desde el lado cómico, las cosas fueron evolucionando rápidamente, llegando, en un fácil salto, a lo trágico.

Cerca de Trafalgar Square un grupo de bromistas intentó burlarse de los nuevos «policemens» femeninos. Estos, después de intimidar, reclamando el respeto a la autoridad. viendo que no se les tomaba en serio, dispararon contra los promotores del

desorden, dejando tres hombres tendidos en el suelo para siempre.

Aquel incidente, seguido de otros no menos violentos, convencieron definitivamente a los hombres que las mujeres, guiadas por Carlton, estaban dispuestas a mantenerse en el poder, que tan inesperadamente habían conquistado.

En las primeras horas de la tarde de aquel día decisivo para la Historia de Inglaterra y también para la del mundo, todas las emisoras de televisión transmitieron al unísono la imagen voluminosa de Elisabeth y su primer discurso.

«No es la nuestra —dijo— una subversión feminista amparada bajo teorías más o menos razonables. No es éste el momento de soñar con viejas aspiraciones, no de creer que hemos conseguido algo fundamental.

—La profunda razón de que nos hayamos lanzado a la calle para tomar las riendas de la cosa pública es de orden puramente histórico y, por ende, tremendamente imperioso.

—Debido a causas que nos escapan como escapan a los hombres más ilustres de todos los ambientes científicos del mundo, hemos llegado a una situación en el balance de la población de la Tierra, en que los hombres significan numéricamente la quinta parte del número de seres humanos.

—Era ya fácil predecir, mucho antes de que los luctuosos acontecimientos de Marsella se produjesen, que las fuerzas en posesión de los varones desde la noche del pasado, serían incapaces de protegernos tal y como de una manera nada convincente lo habían venido haciendo desde siempre.

—Hay además, y necesariamente debe haberlo, un culpable de todo lo que estamos padeciendo, y éste no puede ser más que el Hombre. Por primera vez en la Historia, relativamente considerado, el hombre ha cometido el error de lanzarse a una guerra sin medir o saber las consecuencias que ella traería a la Humanidad.

—Estamos así, mujeres, desde hace miles y miles de años. No es que jamás nos haya faltado la fuerza de dirigir los destinos de nuestra especie, ya que los períodos de Matriarcado han quedado escritos con letras de oro en el Pasado.

—Pero hay que confesarlo todo: la madurez de nuestra historia de mujeres necesitaba el acicate de una situación extraordinaria para poder demostrar nuestra indudable capacidad de defensa.

—Las circunstancias actuales han sido el necesario trampolín que nuestra energía, acumulada durante siglos, necesitaba para realizar el salto gigante que acabamos de dar.

—No dudamos ni un solo instante que las mujeres de todo el mundo no tardarán en imitarnos. Lo que acabamos de hacer era el único camino para que podamos considerarnos a salvo y sepamos defendernos contra todas las amenazas que se ciernen sobre esta pobre Humanidad, que ha acabado por levantarse contra el que hasta ahora se consideraba como rey absoluto de ella.

—¡Una nueva era ha nacido! La Era del Matriarcado universal. Nada nos detendrá en nuestros propósitos y sabremos demostrar definitivamente que si la mujer

ha sabido durante siglos y siglos reinar en el hogar, centro gravitatorio de la especie humana, puede mejor que nadie reinar en el mundo y conducirlo, si es posible aún, al mejor de los puertos.

Las palabras de Elisabeth Carlon no se perdieron en el vacío. Una tras otra, las naciones europeas primero, después las americanas y africanas y últimamente las asiáticas. Tomaron el camino de dejar a los hombres relegados a puestos secundarios, mientras ellas se hacían definitivamente cargo del poder.

Pero, como todo el elemento joven e inexperto que dirige, las mujeres no pudieron triunfar completamente de los «bio-esquemas» que, quizá con mayor empuje que antes, siguieron asaltando ciudades de los cinco continentes, robando las mujeres que necesitaban.

Muchos de ellos cayeron para no levantarse más. Dueñas de las armas, las mujeres supieron defenderse en muchos casos con un valor y una energía formidable. Pero, desdichadamente, «algo» debía faltarles en su íntima constitución anímica que se convertía, en la realidad, en una falta de aplomo y de coordinación que, la mayoría de las veces, les resultaba tremendamente perjudicial.

Los animales, entre tanto, seguían produciendo «bio-esquemas», que se presentaron hasta en el mundo vegetal. Era una titánica lucha de la Naturaleza consigo misma que amenazaba directamente la integridad biológica del globo.

Los alimentos, por la degeneración de los rebaños de las grandes reservas, empezaron a faltar muy pronto. Parecía imposible que en pleno siglo XXI, después de un desarrollo técnico maravilloso, la Humanidad se enfrentase con el hambre, que desde hacía mucho tiempo no había aparecido sobre la Tierra.

Un racionamiento severísimo fue instaurado en todas las comarcas del Planeta. Por otra parte, la seguridad de los caminos, incluso los aéreos, debido a las bandadas de monstruos que volaban por doquier, fuera de las ciudades, hizo que comunicaciones y transportes se redujesen a un mínimo, colocando a las naciones en una situación que rayaba ya en lo desesperado.

Hacia el año 2065 diez millones de personas habían perecido de inanición. El peligro de una gigantesca peste se formuló en los años siguientes. Y la desesperación de los humanos, aun bajo aquella comedia del Matriarcado, que no lograba resolver problema alguno, fue creciendo hasta que, por una extraña conversión al fatalismo, las gentes dejaron de hacer, de trabajar y hasta de pensar, esperando que la muerte les llevase un reposo que ansiaban incesantemente.

Barton, encerrado la mayor parte del tiempo en su laboratorio o en el del doctor Freudläger parecía haberse olvidado de todo. Hacía mucho tiempo que había perdido el contacto con el mundo y ya no escuchaba ninguno de los escasos programas de

televisión, que, de vez en cuando, intentaban vanamente despertar la atención de una Humanidad condenada a una muerte cierta.

Aquella mañana, después de haber tomado la corta parte de alimentos que le correspondía, James, como de costumbre, se dirigió hacia los secretos lugares en los que trabajaba incesantemente el germano.

Este había envejecido rápidamente. Su cráneo, completamente pelado, no era el único signo de aquella vejez prematura que había minado profundamente su salud corpórea y mental.

—Buenos días, Barton.

—¡Hola. Karl! ¿Qué haces hoy?

Hacía mucho tiempo que se tuteaban, siendo ellos solos los pobladores y representantes de un mundo que había desaparecido hacía muchos años.

—Estoy haciendo unas pequeñas experiencias.

Debían datar desde hacía mucho tiempo aquellas experiencias, porque el rostro del alemán demostraba un cansancio tremendo y a Barton le pareció que su compañero estaba en el límite de sus fuerzas.

—Debes descansar, amigo —le dijo—. Si te parece, yo puedo continuar tus trabajos, siempre que me expliques de lo que se trata.

Fué entonces, por primera vez desde que se conocían, que Barton descubrió un brillo de desconfianza en los ojos del otro. Íntimamente se sorprendió de aquello como de algo completamente inesperado.

—No, muchas gracias —repuso Karl.

Sin decir nada, Barton se dirigió al microscopio superelectrónico, penetrando en la cabina, dispuesto a seguir estudiando el apasionante problema que tanto le entusiasmaba desde hacía años.

Conocía ya la estructura íntima de muchos genes y había logrado encontrar aquellos en los que la radiactividad había actuado.

Cada vez que veía aquellos torbellinos de minúsculas estrellas, se preguntaba desde siempre cómo era posible que la radiactividad producida en una guerra que había acabado hacía más de sesenta años, podía mantener aún una potencia destructiva o modificadora de aquel calibre.

¡Qué poco sabía el Hombre aún!

De la suerte de la Humanidad ya no cabía duda alguna. La especie humana estaba desapareciendo, así como todas las formas clásicas de la vida. Entornando los ojos, Barton se dejó proyectar a un futuro para cuya formación no se necesitaba poseer una fantasía desbordante.

Lentamente los pocos seres humanos normales que quedaban irían desapareciendo.

Primero los hombres.

Todas las hijas nacidas de éstos, así como las mujeres que fuesen quedando serían tomadas violentamente por los monstruos, dando una descendencia que, por las leyes

de la herencia, sería definitivamente anormal.

Si las tremendas mutaciones producidas seguían ligadas al cromosoma del sexo masculino, a la segunda generación todos serían varones...

Y entonces, por ley propia de la vida, ésta se extinguiría definitivamente del Planeta.

Parecía imposible culpar de tan gigantesca revolución a unos corpúsculos diminutos de materia radiactiva. Pero, indudablemente, la misma composición del Planeta demostraba que la vida y un exceso de radiactividad no eran compatibles.

La densa capa de la atmósfera, defendiendo a la Tierra de las proyecciones perforantes de los rayos cósmicos y otras radiaciones, aun solares, constituía una prueba indiscutible de que Alguien había previsto sabiamente todo.

«El que a hierro mata, a hierro muere».

¿Por qué se presentaba aquella frase bíblica en su mente?

Tristemente, llegó a la conclusión de que la experiencia de la Humanidad en veintiún siglos escasos de existencia de nuestra Era y algo más antes de la llegada de Cristo, había sido sencillamente desconsoladora.

¡No y mil veces no!

El hombre no había merecido la inteligencia que se había puesto en él y de la que había hecho, la mayoría de las veces, un maligno y demoníaco uso.

Salió de la cabina sin ganas de seguir trabajando. Una sensación de intranquilidad creciente se estaba apoderando de él. Indudablemente, y, como otras veces, «sentía» que algo de todo lo que ardientemente había estudiado marchaba mal.

Era un sentimiento que rayaba con lo enfermizo y que siempre se produjo en él. Como una intuición premonitoria que le anunciase la proximidad con el nudo gordiano del problema.

Las ideas se precipitaban en su mente a una velocidad increíble. Confusas al principio, iban esclareciéndose en un trabajo doloroso de ordenación hasta formar grupos lógicos, de cuyo resultado no podía brotar más que la luz y la verdad.

Karl, sobre un sillón del laboratorio, se había quedado profundamente dormido.

Aún así, sin la terrible tensión nerviosa que le mantenía sin reposo durante días y días, sus rasgos dibujaban una contracción voluntariosa que la prestaban una fisonomía extraña.

Barton, deteniéndose ante él llegó, a la conclusión de que aquel rostro no correspondía a un hombre bueno. Había algo en los rasgos del germano que hubiesen hecho estremecerse a otro más pusilánime que James.

Alejándose del doctor, Barton siguió paseando a lo largo y ancho del laboratorio, profundamente incrustado en sus meditaciones. Sin darse mucha cuenta de lo que hacía y para no tener que ir y volver por el mismo sitio, dió un rodeo por detrás del microscopio superelectrónico, quedándose parado ante una puerta pequeña y cerrada con un candado que no había visto jamás.

Normalmente, y enfrascado como estaba, no debía haber reparado con tanta

atención en aquel detalle, que, para él, carecía totalmente de importancia. Pero, movido por algo mucho más fuerte que la atención interna de sus ideas y que la pasión de estar seguro que se hallaba muy cerca de la solución final, quedóse, sin embargo, parado ante la puerta con todos los sentidos al acecho, repentinamente atraído por algo completamente desconocido.

Tanteó suavemente el candado, percatándose de que estaba perfectamente cerrado y que nada podía hacer para violentarlo.

Durante un buen rato permaneció así, como ensimismado en sus propias ideas, cuando, en realidad, su inconsciente era el que estaba trabajando intensamente en el más loco y atrevido de los proyectos que hubiese forjado jamás.

Dos o tres veces consecutivas su freno moral le hizo considerar un atentado reprochable lo que estaba pensando. Pero, cuando se decidía a abandonar su descabellado proyecto, la imagen querida de Mary apareció netamente recortada sobre el fondo movedizo de sus ideas.

Retrocedió despacio y procurando hacer el menor ruido posible, pasó al laboratorio general que estaba al lado. Allí, después de buscar entre los frascos, encontró al fin lo que deseaba, y empapando un algodón en la solución anestésica de efectos inmediatos, volvió prestamente junto al germano.

Oprimiendo con fuerza el algodón sobre la boca y nariz de Freudläger logró, al cabo de poquísimos instantes, en los que el alemán se resistió inconscientemente un tanto, una inmovilidad completa, acompañada de la parsimoniosa y lenta respiración que producía la solución anestésica.

Todavía no estaba seguro Barton de haber hecho algo consecuente. Una creciente inquietud le dominaba y no podía contestar a la lancinante pregunta que se había enseñoreado de su espíritu.

¿POR QUÉ HABÍA HECHO AQUELLO?

Sus sospechas, si podía llamar así a ciertas aprensiones que respecto al alemán se le presentaron a veces, no se basaban en nada sólido, y con aquellas simples conjeturas lo que acababa de hacer poseía un sentido delictivo que no se le escapaba.

Pero, por otro lado, una aguijoneante curiosidad le había hecho coger maquinalmente la llave que pendía de la cadenita que colgaba al cuello de Karl y avanzar, sin apenas darse cuenta, mecánicamente, hacia la puerta del secreto laboratorio del germano.

Nada más abrir se percató que se habían realizado profundos cambios en aquel precinto, que había visitado una vez. Además del colosal microscopio «super-electrónico», innovación de Freudläger, otros misteriosos aparatos ocupaban lo poco que quedaba de sitio en aquel abarrotado local.

Antes que nada, movido, más que por la curiosidad, por la emoción de volver a ahondar en las entrañas de la materia viva, acercóse al microscopio, en el que ya una vez había asistido a un espectáculo que hasta entonces estuvo vedado a los ojos humanos.

Pero cuando intentaba poner en marcha el colosal aparato, al extender la mano hacia el botón que desencadenaba el mecanismo, sus dedos tropezaron con algo que requirió la totalidad de su inmediata atención.

Se trataba de un grueso cuaderno, con pastas de plástico de color verde intenso, y repleto en más de sus tres cuartas partes de una escritura menuda, en densos párrafos, separados entre ellos por unas cifras que expresaban las fechas en que habían sido escritos.

Pero aquellos números perdieron su importancia en el momento que James empezó a leer el contenido de aquellas apretadas páginas, sin poder evitar que un estremecimiento de horror le recorriese el cuerpo:

«Hoy puedo considerar que la primera parte de mi trabajo está plenamente acabado. Las conclusiones del experimento que acabo de terminar me han proporcionado la certeza de mis teorías. Ahora sé perfectamente que para que un carácter hereditario cualquiera posea la categoría de «dominante» es necesario que su constitución atómica ocupe, en la molécula del «gene», una posición periférica, pudiendo así entrar en contacto con otras formaciones, igualmente extremas, de otros «genes» para formar y determinar la herencia del nuevo ser. Los caracteres llamados «recesivos» ocupan posiciones centrales y no pueden, por eso mismo, influir en la herencia. Gracias a este descubrimiento, y por un mecanismo radiactivo, bombardeando las células germinales de cualquier ser, puedo lograr, a voluntad, la permanencia de los caracteres hereditarios que se me antojen, haciéndolos definitivamente «dominantes».

¡Era inaudito! Por primera vez en la historia de la Genética, el Hombre había llegado a posesionarse de uno de los más espeluznantes misterios de la vida. Ya en pleno siglo XX, los seguidores de Mendel y Morgan lograron producir, en ciertas moscas, variaciones de color en los ojos y otros detalles morfológicos, a voluntad.

Pero el descubrimiento de Karl superaba todo de una manera definitiva^[10]. Barton tenía francamente miedo de seguir leyendo. Su estado de tensión emocional le había hecho olvidar todo, incluso que Freudläger permanecía bajo los efectos del anestésico, cuya duración no podía ser eterna.

Un poco más lejos, en el cuaderno:

«También he podido llegar a explicarme claramente el fenómeno de las «mutaciones»^[11]. Han sido precisamente mis estudios en los organismos afectados por la radiactividad de la Tercera Guerra Mundial lo que ha hecho encontrar la explicación que la Humanidad buscaba inútilmente. Los «bio-esquemas», después de todo, no son más que mutaciones anormales, provocadas por la llegada de un corpúsculo al interior de los «genes», y cuyo choque ha variado caprichosamente la estructura atómica, mezclando caracteres antagónicos, cuyo producto han sido las monstruosidades observadas. La demostración de lo que digo se comprende al examinar los «bio-esquemas» que he logrado artificialmente»

Se temía el fatídico colofón de todo aquello, y Barton lo presentía cada vez que

pasaba una página. Comprendía ahora que la potencia mental de Karl no tuviese otra salida que la locura; y, por ello, esperaba ansiosa y tímidamente, a la vez, las conclusiones a que del autor de aquel escrito desease llegar.

«¡Eureka! ¡Ya he conseguido lo que me proponía! Hoy ya puedo decir que esta miserable Humanidad pagará cara la deuda que contrajo conmigo. No solamente he logrado producir «bio-esquemas» a voluntad y de formas que se me antojen, sino que he conseguido que los caracteres adquiridos por la radiactividad se conviertan en dominantes y se produzcan siempre y para siempre...

«Hace meses que sospechaba que la aparición de «bio-esquemas» iría desapareciendo a medida que los revueltos átomos de los «genes» se fueran «posando» en sus antiguas estructuras. La Humanidad iba a salvarse... ¡Eso nunca! Desde hace dos semanas lanzo radiactividad, especialmente dirigida, para que los monstruos se produzcan con una vitalidad a toda prueba...»

El resto de la página apenas si se podía leer, ya que la escritura se oscurecía, seguramente movida por la demoníaca emoción de Freudläger. Su mano, no pudo dominar el hiperestésico estado de sus nervios, y las letras se deformaron hasta convertirse en una especie de signos cabalísticos.

¿QUÉ DEUDA TENDRÍA LA HUMANIDAD CON FREUDLAGER?

Pero no era aquello lo fundamental. Dos cosas podían sacarse como conclusiones de los documentos del germano. Una, que la Humanidad podía salvarse, que toda aquella oleada de «bio-esquemas» desaparecería de la misma forma que el mar se retira al bajar la marea; la segunda, y más terrible, la constituía la demencia de Karl y su descabellado propósito de vengarse de la más absurda y loca manera.

Tendría que hacerle detener en seguida. Antes de que aquellas emanaciones radiactivas de las que hablaba fueran lanzadas en tan grande cantidad que el número de los monstruos permanentes redujese las posibilidades de salvación del planeta a una simple quimera...

En el espíritu de Barton se mezclaban las sensaciones de alegría y de temor, proporcionándole una angustia creciente. Estaba contento por el descubrimiento, que demostraba palpablemente que el castigo de la Humanidad tocaría a su fin..., y estaba aterrado de los propósitos alucinantes de Karl.

Aquella espera prolongada, aquella indecisión de hombre bueno, que no se decide a pasar de la idea a la acción, le perdió irremisiblemente.

—¡Es usted demasiado curioso, querido director!

Karl, con la mirada ensombrecida, tenía en la mano derecha una pistola, cuyo cañón se movía peligrosamente...

ERA el más desdichado de todos...

Sus alas membranosas eran tan frágiles y medio atrofiadas, que apenas si le permitían mantenerse en el aire más de algunos breves instantes. Muy pocos, demasiado pocos para evitar las risas de los otros, de los que podían desaparecer bajo las colinas del horizonte.

Su probóscide apenas si era algo más larga que una nariz humana. Tenía una estatura superior a la de los otros y su fuerza le había permitido escapar al colofón de las bromas de los demás, que hubiesen llegado a devorarlo o destrozarle entre sus garras.

Su potencia física y la armonía y velocidad de los movimientos, su celeridad en la carrera y el raciocinio humano de su mente le hicieron temer y ser respetado de los demás «bio-esquemas».

Pero no eran las diferencias físicas las que separaban a aquel individuo de los demás. Algo interno, una zozobra íntima y constante, un interés desmedido por todo lo abstracto, un dominio sensible de sus deseos y un apartamiento total de la vida animal del resto de los «bio-esquema» abría un profundo e insondable abismo entre él y las otras criaturas de pesadilla.

Sus recuerdos se remontaban vagamente hacia el pasado, poseyendo una limpidez formidable en algunos acontecimientos que se habían grabado profundamente en su cerebro.

Entre ellos destacaba la huida en masa de un recinto, en un país lejano y desconocido, donde otros seres los mataban por millares.

Había habido, desde el principio, una serie de fundamentales diferencias que le habían separado, desde el primer momento, de los demás. Una de las cosas que le distanció de los otros fue la inquietud extraña que se apoderó de todos, impulsándoles, finalmente, a desaparecer durante un largo tiempo.

Cuando volvieron traían consigo un grupo de hembras humanas que habían ido a buscar, según decían, muy lejos. Para «él», aquel acontecimiento no tuvo significación alguna, aunque había alcanzado la edad de sus compañeros: nueve años.

Desprovisto de las preocupaciones que empujaban a los demás, él seguía jugueteando en el maravilloso cuadro de la tierra africana en que vivían. Todo lo que veía, olfateaba, sentía y oía le dejaba pasmado de una admiración infantil que no parecía formar parte de la vida del resto de la manada.

Lentamente fue separándose de los demás. Las diferencias que se notaban entre ellos y él le empujaron a distanciarse de aquellos seres, que no llegaba a comprender y que odió profunda y terriblemente.

La soledad de un pequeño valle le proporcionó un maravilloso cuadro para su nueva existencia. Cazaba animales, comía frutos, nadaba y corría con un placer que, además de satisfacer sus elementales deseos de hombre primitivo, desarrollaba su

organismo, fortaleciendo su musculatura y la armonía de su anatomía se hacía más perfecta.

Pero a pesar de aquella existencia libre, en una especie de paraíso, deleitándose en plena Naturaleza, sin nada que temer, ya que las fieras habían desaparecido de África al mismo tiempo que los mosquitos patógenos, a principios de siglo, las noches, cuando se tendía sobre el suelo a la puerta de la cueva que encontró y escogió como refugio, su mente empezaba a trabajar, sometiéndole a una rara y prolongada tortura.

Ideas que no podía explicarse, vagos y turbios conceptos nacidos de las capas profundas de su inconsciente, irrumpían en su conciencia, abriéndole insospechados caminos de ideación y llevando ante él imágenes desconocidas, que poseían, no obstante, la fuerza de representaciones de la vigilia.

¿De dónde llegaba todo aquello?

Le faltaban palabras, en el elemental lenguaje, mitad simiesco, que había aprendido de los «bio-esquemas», para expresar sus complicados estados de conciencia, que tan pronto le proporcionaban un sentimiento de indecible ternura, como le sometían a un tremendo trabajo mental, intentando descifrar todo aquello, y que terminaba la mayoría de las veces con un acceso de terrible cólera, durante la cual corría alocadamente entre las sombras de la noche, lanzando grandes gritos para apagar las voces que le sonaban dentro, hasta que la fatiga le dejaba dormido en cualquier lugar, donde se despertaba sobresaltado y extrañado, sin poder explicarse cómo había llegado allí.

A los catorce años, sin darse mucha cuenta de lo que le acontecía, perdió las alas.

Fué al levantarse una mañana cuando se percató de que aquellos raros apéndices, medio secos, se habían desprendido de su espalda, sin causarle dolor alguno. Curiosamente, los tomó del suelo, observándolos durante un buen rato.

En aquel momento se sintió como desnudo sin las alas. Recordando el vuelo veloz de los otros y la facilidad con que se movían en el espacio, sintióse desamparado y un lógico sentimiento de inferioridad se instaló en él.

Pronto, sin embargo, olvidó todo aquello, requerido por las nuevas sensaciones que le asaltaban, turbándole profundamente. El resultado de todo aquello era una embarazosa situación de disgusto inmotivado, una intranquilidad, y un nerviosismo que le hacían ver las cosas de un modo diametralmente opuesto a como le habían impresionado hasta entonces.

Más adelante, hasta los dieciséis años, aquellos momentos de incertidumbre orgánica se fueron haciendo más frecuentes, y el mundo que le rodeaba, y cuyas ricas imágenes le habían hecho feliz hasta entonces, parecieron ocultar en su seno un misterio, una doblez profunda, un complejo y enigmático destino que despertaba el rubor emocional de su carne.

Pero más tarde la tranquilidad volvió a su espíritu, logrando rechazar las inquietas y desconocidas sensaciones que le ocuparon totalmente todos aquellos años. El ejercicio físico a que sometía a su cuerpo, el interés por la caza y la emoción de los

instrumentos rudimentarios que había logrado fabricar, y con los que lograba ocuparse constantemente.

Se había percatado, hacía ya mucho tiempo, de la diferencia que le separaba de los que habían sido sus camaradas de su juventud, o más bien de su niñez. Una de las veces, cuando se bañaba en las límpidas y transparentes aguas del lago que había no lejos de su cueva, observó con curiosidad la regresión que sufría aquel apéndice, en forma de corta trompa, que le había hecho creer, junto a las alas ya perdidas, pertenecer a la misma especie que los «bio-esquemas». Aquella vez no fue herido por la idea de una inferioridad, ya que había llegado a la conclusión, más o menos fatalista, de que nunca había sido un «bio-esquema» perfecto.

También le llamaba mucho la atención una mancha negra, del tamaño de una manzana, que rompía la armonía curtida de su tórax. Muchas veces, al borde del lago, contempló extrañado aquella marca; cuyo misterio no podía, por muchos esfuerzos que hiciese, sondar.

La fecha fundamental de su vida llegó coincidiendo casi con sus dieciocho años. Fué una mañana, cuando, después de haber nadado un poco como solía hacerlo cada día, estaba preparando una frugal primera comida con los frutos que acababa de recoger.

Desde que vivía en aquellas excepcionales condiciones, sus sentidos se habían desarrollado extraordinariamente, como un natural reflejo de defensa, y por ello no fue de extrañar que oyese el ruido de unos vacilantes pasos cuando el desconocido que avanzaba estaba aún bastante lejos de la cueva.

El instinto de defensa le previno del peligro que se cernía sobre él. Incorporándose, se apoderó de una formidable maza que se había fabricado hacía ya mucho tiempo, ocultándose en lo alto de un árbol con los dientes apretados y dispuesto a luchar bravamente hasta la muerte.

Los pasos, siempre vacilantes y demostrando que el que los daba caminaba inseguro y medroso, fueron acercándose lentamente.

Desde el elevado escondrijo que había elegido esperaba ver muy pronto salir de la frondosa vegetación que rodeaba casi su cabaña un misterioso visitante. No tardó, en efecto, en ver cómo las hojas de los matorrales se movían incesantemente hasta dejar paso, al fin, a la misteriosa criatura que se aventuraba por aquellos contornos.

Pero cuando la figura humana se divisó, haciéndose completamente visible quedóse inmóvil, arrobado, mientras mil ideas distintas atravesaban como relámpagos su cerebro.

Lo que acababa de salir del frondoso bosque... ¡era una mujer!

Una bella mujer, joven, que llevaba en brazos una criatura de unos dos años y que avanzaba medrosa, mirando hacia todos los lados y apretando con fuerza al niño, como si desease protegerlo de los mil invisibles peligros que le acechaban por doquier.

Hacía mucho tiempo, muchísimo tiempo, que no había visto una mujer.

Exactamente, desde aquel momento en que los victoriosos «bio-esquemas» habían vuelto de su fantástica cacería, trayendo consigo el producto vivo de su rapto.

Observándola con una nueva curiosidad, «él» encontró en ella una similitud completa con lo que se conocía de humano. Además, el niño, que iba dormido y cuyo rostro era completamente visible, poseía todas las características que él mismo tenía.

¡Eran de su misma raza! ¡De su misma especie! Y nada tenían que se asemejase, ni remotamente, a los «bio-esquemas».

Entre tanto, la mujer había descubierto la choza y los utensilios, deteniéndose con el miedo pintado en el rostro, sin saber exactamente lo que hacer. El lago, que cerraba por completo aquella especie de diminuta península, constituía visiblemente un obstáculo infranqueable para la muchacha cargada con el niño...

Ella miraba hacia todos los lados, ya cuando sus ojos encontraban la vegetación densa de la que acababa de emerger, un involuntario estremecimiento la recorría el cuerpo.

Finalmente, después de dudar y vacilar durante un largo rato, avanzó de puntillas, cuidadosamente, hacia la entrada de la cueva. Fué así adelantándose con sumo cuidado, hasta que su cabeza penetró primero en la zona sombreada de la caverna, percatándose entonces de que estaba vacía, pero no abandonada.

Volvió a mirar hacia el lago, como si temiese que el propietario de aquella cueva se acercase por aquel lado, y una vez convencida de que las aguas, en la gran extensión visible, no ofrecían más que la serena luminosidad de su superficie sin mácula, dejó al niño sobre el montón de yerbas secas donde él solía descansar, empezando a comer con avidez los frutos que «él» había estado comiendo hasta el momento en que oyó sus lejanos pasos.

En lo alto del árbol, y teniendo la maza con mucho menos empuje que antes, el muchacho se dejaba ir a toda clase de hipótesis sobre el significado de lo que estaba contemplando. Una sensación agradable y divertida le ocupaba por completo, y toda actitud de agresiva defensa había desaparecido de su espíritu como por ensalmo.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, descendió del árbol por la parte opuesta a la que había subido, y dejando la maza junto al tronco, empezó a andar cautelosamente, dando un gran rodeo, de forma de acercarse a la desconocida por el lado del lago.

En verdad que no sabía cómo presentarse ante ella sin aterrorizarla. Y mientras la contemplaba, arrobado e inquieto, vio cómo ella, después de haber satisfecho su voraz apetito, sonreía al niño, que seguía durmiendo plácidamente.

Aquella sonrisa le infundió un nuevo valor, enseñándole al mismo tiempo a expresar un sentimiento de amistad que no podía equivocarse a nadie, ya que el rostro de la mujer, mientras sonreía a su pequeño, expresaba una dulzura que cualquiera podía notar.

Decidido, se puso en pie...

Luego, con lentos y seguros pasos, avanzó sobre el borde arenoso del lago hasta

que fue llegando al camino que unía la laguna con la cueva, y se puso a andar hacia la muchacha.

Esta, absorta en la amorosa contemplación del pequeño, tardó bastante tiempo en percatarse de una extraña presencia en las proximidades. Al oír el primer paso volvióse, con el espanto pintado en el rostro, y llevándose una mano a la boca, consiguiendo ahogar el grito de terror que pugnaba por salir de su garganta, por puro milagro.

Pero la sonrisa tranquilizadora que ornaba el rostro del desconocido serenó en gran parte su atemorizado espíritu.

—¿Vive usted aquí? —preguntó en inglés.

El la contempló maravillado por la belleza que desde lo alto del árbol no le había aparecido de forma tan exuberante. Luego, con un gesto vago, hizo comprender a la muchacha que no entendía ni una sola palabra de las que ella acababa de pronunciar.

Pero, señalando los frutos, los pocos que quedaban, y sin dejar de sonreír, extendió la mano derecha en un gesto que indicaba espera; llevóla luego a su pecho y, señalando los árboles, desapareció precipitadamente.

Ellen Tower comprendió, con lágrimas en los ojos, que acababa de encontrar un ser al que podía considerar como un amigo.

En efecto, momentos más tarde el joven volvía cargado de frutos de todas clases, y con aquella forzada, más graciosa, sonrisa en los labios dejó caer su carga junto al regazo de la joven. Luego, y sin dejar de reír, fue dándole los frutos mejores y más maduros, mientras contemplaba cómo ella comía, maravillado y presa de una extraña sensación de ignota felicidad que le embargaba por completo.

Tres años más...

Una choza coquetona prolonga la entrada de lo que fue una rudimentaria cueva, alojamiento para un hombre de las cavernas.

Muchos detalles han surgido allí, y la mano de la civilización, o al menos del ingenio de gentes civilizadas, ha colocado su huella por doquier. El fuego danza sobre unas rocas que sirven de hogar, dotando el cuerpo grasiento de un cervatillo bajo la experta mirada de Ellen, que, de reojo, sigue los juegos de un niño de cinco años y el sueño de otro que dormita en una cuna-hamaca que pende de los postes que sostienen la choza.

Ellen ha cambiado mucho. Cuando llegó allí, delgada, demacrada y exhausta, su belleza era puramente angular, mientras ahora, a sus veintiún años de edad, parece haber salido del pincel de un Fidias que hubiera conocido la expresión salvaje y primitiva de la Forma...

«El» se ha ido a cazar. Pero ahora no se le llama así; Ellen lo ha bautizado con un

nombre lleno de recuerdos para ella: Jack. Así se llamaba su padre, muerto en la refriega contra los «bio-esquemas» para impedir que la raptasen.

Todo aquello pertenece al pasado. Pero cuando la muchacha se adormece en los recuerdos del viejo Londres, las imágenes queridas de su pubertad en Inglaterra vuelven con fuerza, empujándola casi siempre a un llanto consolador.

Trafalgar Square... Piccadilly Circus... Hyde Park". El Strant... La Torre milenaria... El Ebankment... Toda la ciudad, los detalles de los colegios, de los paseos, los viajes de fin de semana, la casa, sus padres... ¡Cuántas cosas pueden guardarse en el maravilloso mundo de los recuerdos, envueltas en la ternura con que se vieron entonces!

Un ruido de pasos, conocidos y amados, le sacó de su ensimismamiento. Momentos más tarde Jack, vestido toscamente, de forma primitiva; magnífico en una armonía corpórea, sin estigma alguno de su pasado de «bio-esquema», sonriente y feliz...

Dejó su pesada carga junto al fuego, e inclinándose, besó en los labios a la joven, cuyos ojos se cerraron el tiempo que duró la caricia.

—¡Hola, Ellen!

—¡Hola, Jack!

Le había costado muchos esfuerzos al principio. Pero casi en seguida se percató que la inteligencia del joven estaba como preparada para aprender. En seis meses hablaba un inglés tosco, pero en el que ya se veían demasiadas cosas para no augurar un correcto dominio de la lengua. Luego, cuando lo habló y escribió correctamente ella siguió enseñándole cuanto sabía, mientras él la escuchaba maravillado y como cogido en un delicioso ensueño.

Más tarde ella no supo ya qué enseñarle y dióse entonces cuenta de que bajo aquella amplia frente curtida por el aire y el sol bullía un cerebro de primera calidad.

Para Ellen el misterioso origen de Jack constituía una verdadera obsesión. Muchas veces, vanamente todas, había intentado sondearle lo más profundamente posible, en busca de algún detalle, por nimio que fuese, que pudiese orientarla respecto al lugar del mundo del que el joven procedía.

Pero los recuerdos de Jack se limitaban, oscuramente, al campo de «bio-esquemas» en el que había estado encerrado y destinado a ser destruido por los hombres, en un país del que no conocía más que los muros de aquella especie de prisión de la que había logrado escaparse con los otros.

La muchacha intentaba explicarse aquella regresión de caracteres anormales que había hecho de Jack un ser completamente normal. Al recordar, a veces, los tres años que pasó con aquellos monstruos y los espeluznantes detalles de aquella tortura, se estremecía, y si tal cosa le ocurría entre sueños, gritaba aterrorizada ante la viveza y el realismo de las imágenes que se presentaban ante ella.

No obstante, no era lo bastante estúpida para razonar normalmente, lo que la hizo llegar a la conclusión, sin poseer grandes conocimientos de Biología, de que los «bio-

esquemas» estaban condenados a desaparecer tan misteriosamente como se habían producido.

No había más que mirar a Charles, su primogénito, cuyo origen le hacía estremecer de horror. La prueba estaba allí, demostrando irrefutablemente que los descendientes de los espantosos «bio-esquemas» eran tan normales como los progenitores de los monstruos.

Toda aquella horrible acción de las partículas radiactivas parecía no tener la fuerza de perpetuar su horror, siendo solamente válidas para una sola generación. Ella había visto infinidad de niños normales en las grutas donde vivían las infelices raptadas por los monstruos.

¡Dios había escuchado los ruegos de una Humanidad desgraciada! Pero la lección contra el orgullo y la barbarie de los hombres había sido, al menos ella lo pensaba así, lo suficientemente fuerte y cruda para que sirviese de algo a las generaciones futuras.

Después de haber comido y atendido a los pequeños —ambos dormían ahora en el interior de la cabaña a la agradable sombra de las hojas frescas del techo, que Jack cambiaba frecuentemente—, los dos, de la mano imágenes de un idilio primitivo, se fueron hacia el lago, lugar en el que ambos, luchando contra toda clase de dificultades, estaban llevando a cabo con lentitud, pero con entusiasmo, el sueño dorado de Ellen, ¡una embarcación!

Había costado mucho convencer al joven, no para realizar aquella rudimentaria nave, sino para hacerle comprender que el único y deseado objeto de todo aquello era el de alejarse de allí, rumbo a la civilización.

Después de haber escuchado de los amados labios de ella el desfile de la Historia del mundo, de la maldad de los hombres, de sus fraticidas luchas, del dominio de la envidia y de los bajos deseos que pueden enseñorearse del planeta, Jack no llegaba a comprender el deseo de su esposa de abandonar aquella maravillosa existencia, donde la Naturaleza parecía esforzarse noblemente en proporcionarles cuanto deseaban...

Pero poco a poco, con frases, con palabras y exclamaciones en las que ponía el fuego de sus aspiraciones, Ellen llegó a hacerle comprender, aunque no convencer, de la necesidad de incorporarse a un mundo que les había hecho y el deber ineludible que tenían de reintegrar a los dos pequeños a una civilización que, desde que todos los varones eran monstruosos, los recibiría como la prueba irrevocable de que el Señor había escuchado las afligidas oraciones de los hombres de buena voluntad.

—¡Ya verás la alegría de las gentes cuando les demos esta maravillosa noticia!

El se quedó pensativo, fruncido el entrecejo y con una vaga mirada, como si desease, perforando el espacio, entrever aquel mundo inquietante, del que no sabía apenas nada.

—No estoy tan seguro como tú..., Me has contado demasiadas cosas de esa civilización; demasiadas cosas para que pueda mirar con tranquilidad un futuro tan incierto. Tal y como tú me has hecho forjarme una idea del mundo civilizado, lo veo tenebroso, absurdo, terrible...

—Veo a los hombres, por esas amplias avenidas de las que me has hablado tanto, andando hacia sus ocupaciones huraños, egoístamente encerrados en si mismos, sin preocupación alguna por el dolor ajeno, pasando al lado de la miseria sin que una sola libra de su duro corazón experimente la menor piedad.

—Les veo amasando fortunas, acariciando el oro en sus largas y tremendas horas de ambicioso insomnio, doloridos de no poder tener, bajo su temblorosa mano y al alcance de su perversa y avara mirada, todas las riquezas de la Tierra...

—Les veo aún, encerrados en sus palacios, defendidos fieramente por hombres que, como ellos, ambicionan el poder, contentándose, a disgusto, con el pequeño que de momento ejercen. Les veo por oscuros y medrosos caminos, conjurando, envenenándose los unos a los otros; los de abajo, con quiméricos ensueños de revancha, nutridos por un odio infrahumano; deseosos de una venganza cuya fuente de dolor no les importa; los de arriba, temblones, inquietos, desasosegados, nerviosos y vacilantes, pendientes siempre del equilibrio de colosales mentiras que han fabricado para su propia defensa.

—Y veo a las ciudades, a los pueblos, por doquier habita el hombre, azuzados por la envidia, la lujuria; empujados por toda clase de deseos antinaturales, lejos del marco de una vida tranquila, más que vivir, existir odiando, encogidos, arrugados, vidriosos, pálidos y demacrados, en una interminable lucha contra ellos mismos y los demás...

—Ya sé que los hay buenos, honestos, comedidos, respetuosos y creyentes, para los que la vida no es más que un pasaje hacia la Eternidad. Estos piensan, gozan, se alegran y hasta se divierten haciendo el bien que profesan. Les veo iluminados, esplendorosos, sanos y fuertes, tanto por fuera como por dentro. Pero ¡me los imagino tan pocos!

Ella se quedó silenciosa, pensativa, con sus manos entrelazadas en las de él, sin atreverse a levantar los ojos hacia los de Jack. El silencio era casi absoluto, y hasta la brisa que solía venir del lago para jugar con sus invisibles manos a mover las hojas de los árboles, se había callado o permanecía indecisa antes de romper la armonía que las palabras del joven habían dibujado en el aire.

—¿Son así los hombres del mundo al que vamos a ir? —inquirió él.

Ella levantó el rostro, por el que correteaban las lágrimas, luminosas bajo el sol.

—Son así, amor mío. Sin verlos, los has descrito como son.

SOLO entonces, cuando el profesor Barton vio la negra boca de la pistola que manejaba Karl, se percató de la tremenda imprudencia que había cometido.

—¡Profesor Freudläger!

—Sí, amigo mío. Ya acabo de decirle que es usted el hombre más curioso, más peligrosamente curioso, que he visto en mi vida.

Habían dejado de tutearse implícitamente. Hubo un embarazoso silencio, durante el cual los dos hombres se miraron fijamente, como si ambos buscasen en el otro la comprobación de la realidad de aquella absurda situación.

—¿Va usted... a matarme?

Karl dejó, antes de responder, escapar una risita breve.

—No lo sé aún, señor director. En este mismo momento estoy reflexionando profundamente lo que debo hacer con usted...

—En realidad, debía haberlo sospechado desde hacía mucho tiempo; exactamente, desde que le permití, hace años, entrar en mi laboratorio. Fui demasiado locuaz, debo confesarlo, y mostré demasiado abiertamente mi entusiasmo ante usted.

—Pero nunca le creía capaz de llegar hasta aquí... con los procedimientos que ha usado conmigo. No le creía capaz, se lo aseguro, doctor Barton. Y ahora, que puedo dar rienda suelta a mis sentimientos, sin peligro alguno de que pueda hacerme más daño que el que ya me ha hecho, he de decirle que le apreciaba mucho y que, en determinado momento, pensé en usted...

—¿Se puede saber a qué respecto? —inquirió James buscando la forma de ganar tiempo.

—Voy a decírselo. Usted es, indiscutiblemente, una de las primeras autoridades en Biología... Yo he trabajado solo, tremendamente solo, estos años y con la idea de que jamás lograría realizar el sueño de mi vida... Vengarme de esta sucia Humanidad, que me trató como a un perro.

—Pensé, en usted cuando mis trabajos se reducían a pequeños e inciertos tanteos en el campo de la Genética. Pero más tarde, al aparecer la serie de «bio-gérmenes», la Naturaleza me prestó gratuitamente un arma formidable que no he cesado de templar, para mi uso, desde entonces...

Guardó silencio unos instantes, cosa que aprovechó el otro para saciar la curiosidad que le embargaba.

—¿Es posible que la Humanidad se haya portado tan mal con usted para que la odie de tal modo?

Los ojos de Freudläger brillaron siniestramente.

—Ha sido la Humanidad y, sobre todo, la ciencia, su hija más amada y querida. Por eso he deseado que sea la propia ciencia la que sacie mi sed de venganza...

Había bajado el arma, demostrando así que deseaba explayarse. En efecto:

—Va a usted a ser el primer hombre que conocerá el tremendo y horrible misterio

de mi vida.

—Yo nací unido a mi hermano. Ambos, doctor Barton, formábamos una de esas monstruosas presentaciones de «craneópagos» o «cefalópagos», que, teniendo el resto del cuerpo perfectamente diferenciado, estábamos unidos por el cráneo tan íntimamente, que se pensó en aquel tiempo en el fatal desenlace de cualquier intervención quirúrgica.

—Mi pobre madre murió en el parto, y mi padre, atribulado por el dolor de la sensible pérdida que acababa de experimentar, crecida por el nacimiento de aquel doble ser monstruoso, dejó las manos libres al médico que iba a tejer, voluntariamente, la desgracia de mi persona.

—Se llamaba aquel profesor de Obstetricia de Berlín Hans Fritlemer. Y quiero, desde ahora mismo, confesar que cuando, dieciocho años más tarde, le mate en su propio despacho, lo hice defendiendo la integridad de mi personalidad psíquica, con la que él jugó despiadadamente.

—Se empezaba entonces a intervenir, con bastante acierto en los monstruos dobles simétricos, sobre todo en los que estaban unidos por el cráneo y cerebro, operaciones que hasta entonces habían fracasado totalmente. Fritlemer había alcanzado una fama merecida en esa clase de cirugía nerviosa, y, naturalmente, experimentó una gran alegría cuando mi pobre padre, acosado por el dolor, le dió carta abierta para hacer lo posible por separarnos.

—Nada, aparentemente, en nuestro caso, nos diferenciaba de cualquier clásico «cefalópago», y Hans nos llevó al quirófano, seguramente convencido de que aquello iba a ser coser y cantar. Todo esto lo he sabido después sobornando a los ayudantes y enfermeras que le asistieron durante la operación, y son tan detallados los informes que obtuve pacientemente, que puedo hablar de ello como si hubiese asistido a la intervención en una posición que no fuera la que me tocó: la de desdichado paciente.

—Voy a relatar los hechos, pues, como sucedieron. Fritlemer entró en el quirófano sonriente, dueño de sí, y mostrándose complacido de los preparativos que sus ayudantes habían realizado previamente.

—Será cosa de poco —dijo—. Este es un caso como tantos.»

—Luego de comprobar la profundidad de la anestesia y los demás detalles, abrió nuestra común y monstruosa cabeza, encontrándose en el interior de la desmesurada caja craneana con un problema con el que no había contado.

—La masa encefálica del doble cerebro estaba casi igualmente repartida en dos partes simétricas. Pero, a poco observar, era fácil, sumamente fácil, percatarse de que casi la totalidad del doble lóbulo frontal pendía peligrosamente hacia un lado, dejando al otro cerebro sin esta fundamental parte del encéfalo.

«—Es curioso —comentó el profesor mientras observaba aquella anormalidad—. Si hacemos una incisión por un plano que corresponda al eje simétrico de ambos cerebros, uno de estos niños será idiota y el otro un superdotado. Sin lóbulo frontal, que, como sabemos, es en el que se realizan la mayoría de las asociaciones mentales,

una de estas dos criaturas no pasará de un estado de idiocia...»

—Los ayudantes no separaban sus ojos del profesor, pendientes de sus menores palabras. La emoción había ganado a todo el mundo, ya que nadie se había dejado de percatar que el futuro de los dos niños estaba en la voluntad del cirujano".

—Este seguía observando la interioridad de nuestro descomunal cráneo, pensativo e intentando encontrar una solución viable al problema que tenía planteado.

—FUE ENTONCES, AMIGO DOCTOR BARTON, CUANDO AQUEL MONSTRUO SE DEJÓ LLEVAR POR UNA IDEA VERDADERAMENTE DEMONÍACA.

—Volviéndose a sus ayudantes, y con una sonrisa cruel en los labios, empezó a decir:

«—Uno de estos dos sujetos debe pagar la fatalidad de esta anormal distribución de la masa frontal —miró a la joven enfermera con la que yo hablé muchos años después—. Pero creo, señorita, que debemos proporcionar una mayor suerte al que físicamente sea más hermoso de los dos. ¿Quiere usted elegir? Una mujer entiende siempre mucho más de belleza masculina que todos los hombres juntos.»

—Ella retrocedió horrorizada, negándose definitivamente a obedecer las órdenes de su jefe.

«—No podría hacerlo nunca profesor. Durante el resto de mi vida me perseguiría la idea de haber robado... el alma a un ser humano.»

—El otro lanzó una carcajada estridente.

«—¡Me había olvidado su sensiblería femenina! —repuso—. Estoy seguro que cualquiera de mis ayudante elegirá; en nombre de la ciencia, sin dejarse llevar de romanticismos fuera de lugar. ¡A ver, uno de ustedes, por favor!»

—Pero ninguno se movió. Algo tremendamente insano y demoníaco flotaba en el ambiente dominando el olor del anestésico. Una desagradable sensación de violación a las leyes divinas parecía reinar allí, casi materialmente, como un olor o un color cualquiera.

«—¡Son ustedes una insípida banda de ineptos! —gritó Frittlemer—. Desde ahora mismo, en el momento que acabemos esta intervención estúpida, pueden considerarse definitivamente despedidos de mi equipo quirúrgico. ¡En cuanto a ustedes, «señores doctores», vayan buscando otra Universidad, fuera del alcance de mi influencia y de mi cólera, cosa que creo imposible, si desean proseguir ostentando los títulos que poseen!»

—Hubo un silencio sepulcral. Luego, de nuevo y con el mismo tono colérico en la voz:

«—¡Levante los paños, señorita! ¡Voy a ser yo mismo el que elija quién será el idiota y quién el genio!»

—La enfermera levantó, con mano temblorosa, los paños ensangrentados que cubrían nuestros rostros...

—¡Entonces, aquel monstruo, que debía haber realizado una repartición de masa

frontal equitativa, me eligió a mí para hundirme en el mundo de los submentales, para lanzarme en las profundidades nebulosas de la idiocia...

—Pero aun juzgando diabólica su maniobra criminal, aun considerando terrible lo que iba a realizar, lo más espantoso de todo fue el elegirme a mi... ¡A mi!... ¡Precisamente a mi, que, por capricho de la Naturaleza, era el que poseía la casi totalidad de los dos lóbulos frontales!

—Se preguntará usted, doctor Barton, el porqué de aquella elección. ¡Muy fácil! Miró nuestros rostros, y, señalándome a los horrorizados ayudantes y a la aterrorizada enfermera:

—¡Este es el que la Naturaleza había destinado a ser un genio!... Pero no va a ser así. ¡Yo tengo en las manos la creación de estos dos seres, sus destinos me pertenecen! Y, además, este superdotado me es profundamente antipático. Por eso, su hermano gozará de una inteligencia maravillosa y él, que parece ya repleto de una expresión de pedantería, como si presumiese lo que el azar le destinaba... ¡no será más que un pobre idiota!»

—Y así ocurrió, doctor Barton...

James estaba completamente maravillado. Nunca se hubiese atrevido a imaginar una historia tan fantástica, un relato tan escalofriante como el que acababa de escuchar de los labios temblorosos, por la viveza de los recuerdos, del hermano.

—Pero... —inquirió, deseando hacer al mismo tiempo mil distintas preguntas—, si usted carecía de sustancia frontal, ¿cómo...?

—Ya le entiendo, doctor Barton. ¡No, no fui condenado al mundo oscuro de los hebefrénicos, de los imbéciles, de los idiotas, al que me había lanzado fríamente el profesor Frittlemer...

—Pero tampoco escapé a sus malévolos designios. Durante once años fui un completo anormal, que apenas podía tomar los alimentos ni realizar los movimientos más fáciles y elementales. Mi padre, que desde el principio, ahora lo sé perfectamente, sintió una especie de repulsión inevitable hacia mi, procuró, no obstante, que nada me faltase, confiándome a los cuidados de una enfermera que fue ya puede usted imaginárselo, la que asistió a mi horrorosa mutilación cerebral.

—Entre tanto, mi hermano, dotado de un cerebro supernormal A MI COSTA, cosechaba triunfo tras triunfo, siendo para mi padre el único consuelo, la postrer alegría de una vida que no le había sido absolutamente propicia.

—Yo viví durante once años en un sueño, en una profunda catatonía atado a aquella desdicha de la que no era en forma alguna culpable. Debo decirle también que jamás guardó rencor ni a mi hermano ni a mi padre. Ambos estaban completamente fuera del origen de mi desdicha y no guardo hacia ellos más que un dulce recuerdo...

—A partir de mi doceavo año, inopinadamente, y ante la sorpresa de... mi enfermera —¡la he llamado madre tantas veces!...—, mi cerebro empezó a lucir, como esas lamparillas que el aceite hace chisporrotear durante cierto tiempo, haciendo temer que van a apagarse sin remedio y de repente, lucen magníficamente

con un esplendor del que jamás se les hubiese creído capaces...

—Así me ocurrió a mí. Repentinamente mi lengua empezó a moverse, a pronunciar las primeras sílabas, a expresar las primeras ideas, todavía tímidas, elementales, como los balbuceos de un niño de dos años.

—Recuerdo perfectamente que mi enfermera lloraba día y noche, no creyendo lo que veía y con temor a decirlo a nadie, por miedo a que la tomaran por loca. Ya el vecindario se extrañaba de ver a una mujer aún relativamente joven y bonita condenarse voluntariamente a vivir con un ser monstruoso como yo, que pasaba la mayoría del tiempo mirando al vacío, mientras una baba fluida se escapaba de mis siempre entreabiertos y caídos labios.

—Pero, en contra de toda la lógica, en contra de cualquier razonamiento, mi cerebro, después de los primeros y tímidos pasos, se desarrolló vertiginosamente, alcanzando en pocos meses la altura mental que me faltaba. A partir de aquel momento cada día para mí fue un semestre de los progresos que podría realizar cualquier niño normal. Y digo normal porque el lóbulo frontal que me faltaba, casi en su masa total, había crecido, en, contra de las pretenciosas opiniones del profesor Fritlemer. ¡Aquel canalla se equivocó totalmente en sus demoníacos proyectos!

—Entonces... —balbuceó Barton—, su hermano...

—En efecto, querido director ¡Mi hermano, después de convertirse en un fenómeno de precocidad —resolvía integrales a los seis años—, murió a los catorce, misteriosamente, un buen día, apagándose de golpe como una llamita que sin aceite en el plato sobre el que flotaba, se apaga cuando parece lucir con un mayor esplendor...

—Mi cuerpo era sano, y al desarrollarse, mi cerebro, mi padre, arrepentido del poco caso que me había hecho y dolorido con la muerte de mi hermano, se consagró enteramente a mí. Colegios, profesores, universidades. A los dieciocho años había conseguido mi título de doctor y elegido una especialidad que me atraía misteriosamente...

—Fué entonces, sabiendo que iba a perder cuanto poseía, que debería ocultarme o trabajar como cualquier oscuro ayudante a las órdenes del que bien quisiese adoptarme en su clínica, que decidí matar al causante de tanto horror.

—Lo hice y huí de Alemania, cambiando de nombre. Así es cómo llegué aquí...

—Pero..., ¿qué tiene que ver todo eso con su absurda venganza?

—Esperaba comprenderlo... ¡Usted no puede darse cuenta de ello!... ¿Ha sido usted, profesor Barton, alguna vez en su vida un monstruo, un repelente monstruo? ¡Estoy seguro que su hijo, si viviese, me daría toda la razón!

El rostro de James se contrajo con una mueca dolorosa, al tiempo que cerraba fuertemente los puños:

—¡Cállese..., por favor! ¡No le autorizo a que nombre a nadie de mi pasado! No es tolerable que quiera mezclar mi propia desgracia en la suya. Cada uno de nosotros debemos llevar nuestra cruz, sin hipócritas cirineos que nos ayuden.

—¡Tiene usted razón! —repuso el otro—. Además, ya hemos hablado bastante de mi pasado para que nos ocupemos del suyo; es el presente el que nos interesan. ¡El presente, que no parece ofrecérsele muy favorable, profesor Barton!

James había retrocedido prudentemente al descubrir un neto brillo asesino en las pupilas de Karl. Este, sin alzar aún el arma, que colgaba en el extremo de su brazo a lo largo del cuerpo, avanzaba cautelosamente, con una perversa sonrisa que le entreabría ligeramente los labios.

Barton pensó en el anormal contenido de aquella cabeza, en el lóbulo frontal que debía haberse organizado a expensas de otros territorios, organizando finalmente algo que, por razón lógica, debía ser monstruoso, mucho más monstruoso que el prodigio del hermano muerto...

Sin dejar de pensar, hacía lo imposible por reconocer el terreno por el que se movía, disponiéndose, a la primera señal de verdadero peligro, de drama inminente, a ponerse fuera de la línea de tiro del arma de aquel poseso.

Así ocurrió, en efecto...

Repentinamente, Freudläger levantó el arma, haciendo fuego por dos veces consecutivas. Los proyectiles silbaron desaforadamente, lanzando un terrible maullido al chocar y rebotar contra las metálicas superficies del microscopio gigante. El tercer disparo, sin embargo, llegando más perpendicularmente al aparato, perforó el tubo, de donde se escapó, con un relámpago cegador, la formidable carga de «fotones» que contenía.

—¡Mi microscopio!

Fué, más que un grito, un desesperado aullido el que brotó de la enronquecida garganta del germano. Con los ojos desorbitados y dejando caer la pistola, avanzó hacia el aparato, y tras percatarse evidentemente que lo había destrozado, lanzóse como una fiera furiosa contra Barton.

Los dos hombres cayeron violentamente al suelo, luchando con desesperación en un singular combate, cuya primitividad y salvajismo no armonizaba con aquel científico y complicado ambiente.

James hacía lo posible por colocarse encima. Habiendo recibido desde el primer momento el peso de su enemigo, acrecentado por el impulso con el que se había lanzado sobre él, luchaba en franca inferioridad, intentando debatirse de la loca ofensiva de aquel demente, cuyas manos buscaban ansiosamente su garganta.

Finalmente, y gracias a un esfuerzo sobrehumano, logró hacer que su enemigo cayese bajo él. Pero aquel triunfo fue tan efímero, que dos segundos después Karl había conseguido restablecer la situación primera.

Pero ya no hacía falta que el alemán multiplicase sus esfuerzos. Al girar violentamente, la cabeza de James había chocado con uno de los pies metálicos del microscopio, perdiendo el conocimiento en el acto.

Freudläger se incorporó jadeante, destrozadas sus vestiduras y magullado el rostro. Respirando sonoramente, se separó unos pasos de su inerme contrario,

alejándose después para buscar ansiosamente el arma.

Pero, por mucho que hizo, la pistola no apareció por lugar alguno. Presa de mil caóticas ideas, el alemán, aún tambaleándose, se acercó de nuevo el inmóvil cuerpo de Barton.

—¡No importa! —gritó, extendiendo el puño cerrado hacia su antagonista—, ¡morirás aquí de hambre!

Luego, con paso vacilante, se alejó hacia la salida. Antes de cerrar la puerta volvióse para lanzar una última ojeada al director de la Maternidad.

James yacía boca arriba, intensamente pálido. Un ligero reguero de sangre, que la luz fluorescente hacía intensamente oscura, salía de su cabeza, formando ya un diminuto charco en el suelo.

Sus ropas estaban completamente destrozadas. Y sobre su tórax blanquísimo, en el lado izquierdo, UNA MANCHA, DEL TAMAÑO APROXIMADO DE UNA MANZANA, DESTACABA CURIOSAMENTE SOBRE LA PALIDEZ ANÉMICA DE LA PIEL...

**TERCERA FECHA
5 DE MARZO DEL 2080.**

CUANDO, después de largas semanas de trabajo, ilusionados como unos Robinsones de la Era Superatómica, hubieron acabado la construcción de la pequeña lancha que había de devolverles a la civilización, Jack y Ellen contemplaron, arrobados por la emoción, aquella obra, primitiva y sencilla, pero, no obstante, esencialmente única, que había brotado del esfuerzo de sus manos...

Horas después se dispusieron a partir...

Cogidos de la mano, con el niño mayor al lado del hombre y el pequeño en brazos de la mujer, semejaban dos nuevos Adán y Eva despidiéndose de aquel maravilloso trozo de tierra, que había sido para ellos un verdadero Paraíso.

Ninguno de los dos ocultó el llanto ni la congoja que les causaba abandonar aquel pequeño edén. Y hasta la corretona brisa del lago, que solía acariciarlos largamente con sus mil invisibles dedos de gasa, detuvo su saltarina marcha, suspendiéndose en algún lejano lugar para dejar que los ruegos que musitaban temblando los labios se fuesen directamente hacia el cielo.

Jack había colocado una rudimentaria vela sobre el mástil, hecho con un tronco de bambú. Al impulso del viento unas veces y al de los remos otras, fuéronse adentrando en el lago, siguiendo intuitivamente una dirección que les pareció la mejor.

En realidad, desconocían tanto uno como el otro el lugar de África en el que habían vivido.

—¿Crees que llegaremos pronto a Londres? —preguntó él.

—Depende del lugar a que arribemos primero. Si está cerca de algún aeródromo, en pocas horas llegaremos a nuestra patria...

—¿Nuestra patria?... YO...

—No podría decirte el porqué, Jack amado...; pero desde que te vi creí que eras inglés. Posees, aunque tú no te des cuenta, unas características raciales que son muy difíciles de ocultar.

—Ya veremos —suspiró él.

La travesía de aquel enorme lago se hacía interminable, y durante cerca de dos semanas bogaron incansablemente hacia la orilla opuesta, donde llegaron sin novedad alguna.

Una ciudad hermosa se presentó ante los asombrados ojos de Jack, que era la primera que contemplaba en su vida.

No tardaron en saber que se hallaban en Victoria City, al sur del lago Victoria, desde cuyos barrios podían contemplarse las arrogantes cumbres del Kilimanjaro.

Una vez que se presentaron al gobernador y que hubieron relatado su odisea, éste comunicó a los profesores de la ciudad la maravillosa noticia que aquella pareja, que parecían salidos de las más antiguas páginas del pasado, traía al mundo civilizado.

Naturalmente los dos niños fueron al centro del desmedido interés de los hombres

de ciencia. Docenas de ellos, pidieron permiso para observar de cerca aquellos dos pequeños, que eran la prueba más valedera e irrevocable de que la humanidad no estaba condenada al horror de los «bio-esquemas».

Las noticias corrieron por el mundo y mucho antes de que Jack y los suyos llegasen a Londres, ya el mundo entero conocía la buena nueva, y la alegría y el optimismo volvieron a nacer allí donde parecían, para siempre, desterrados.

Muchos otros casos, en todo semejantes, que habían permanecido ocultos, porque las madres temían las drásticas medidas gubernamentales, respecto a los recién nacidos varones, fueron comunicados, aportando nuevas y valiosas pruebas a las que constituían las primeras; es decir, a las presentadas en la familia de Jack.

Un avión de la BOAC, llevó a Londres a los héroes de aquella batalla tremenda. Las autoridades hubieron de desplegar gran número de fuerzas para poder contener la oleada humana que se lanzó por las calles, para recibir la extraordinaria visita de aquellos fantásticos Robinsones.

Por fin, después de una inacabable semana de observaciones, análisis, radiografías, conferencias, charlas, emisiones de televisión y otras muchas cosas, Jack pudo encontrarse libre, en su nuevo hogar, junto a los suyos.

Ellen estaba radiante.

Del mismo modo que su esposo, se había casado oficialmente hacía unos días, ella deseaba ardientemente aquel descanso merecido. Además y por mucho que lo procuró, no pudo ocuparse de los niños que, por su parte, estaban inquietos de tantas molestias y observaciones a las que habían estado incansablemente sometidos.

A pesar de todo aquello, Jack se mostraba reservado y pensativo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó ella un día.

La mirada de él se ensombreció, antes de contestar.

—Estoy muy preocupado, Ellen. No estoy muy descontento, esa es la verdad, de esa civilización que tanto temía conocer. No quiere decir esto que no haya encontrado profundos y perniciosos males... Pero, querida Ellen, por encima de la alegría de todas esas gentes, de su gozo al saberse fuera de peligro, He podido notar una despreocupación casi total por las que, como tú, sufrieron y siguen sufriendo en poder de los «bio-esquemas». No puedo soportar la frialdad de todas estas gentes, hacia las desdichadas mujeres que siguen allí...

No dijo más y saliendo de la casa, dirigióse directamente al departamento en el que había sido recibido tan calurosamente. El director, un hombre ya entrado en años, se extrañó de verle volver tan pronto.

—¿Ocurre algo? —inquirió.

—He pensado —soltó Jack, sin dejarse interrumpir un solo instante— que se debe actuar inmediatamente contra los «bio-esquemas» de todo el mundo. No que interese su sola destrucción, ya que presumimos que por su categoría semianimal, vivirán mucho menos que los hombres. Pero, me parece que hemos olvidado demasiado pronto a las mujeres que fueron raptados por esos monstruos durante todos estos

años.

«Yo estoy dispuesto a guiar a una primera expedición hacia el norte del lago Victoria, lugar en el que están concentrados los más numerosos grupos de «bio-esquemas». Hasta puedo proponer un plan que, aunque arriesgado, estoy seguro que será el más eficaz.

«Podíamos proceder a un lanzamiento de paracaidistas, adiestrados y con armas cortas, que podían dividirse en dos grupos tácticos: uno de ellos combatiría contra los monstruos, mientras el otro, aprovechando las especiales circunstancias de la lucha, se dirigirían directamente hacia las cuevas donde residen las mujeres y los niños.

—Con mis precisas indicaciones podíamos conseguir una fácil victoria con un número reducido de bajas...

El hombre le miraba con admiración, pero incrustado, como tantos otros, en la rutina oficial; no quería, más que podía, tomar una iniciativa que si fracasase podía desalojarle de la cómoda y bien retribuida posición que ocupaba.

De todo ello se dió perfectamente cuenta Jack. Empezaba ya a acostumbrarse al filtraje que la sociedad hace con las ideas urgentes, por el embudo de la burocracia, repleto de sustancias todas ellas muy poco permeables...

—Tendré que consultarlo... —replicó el personaje.

Pero sus palabras fueron dirigidas al aire. Jack estaba ya fuera de aquel despacho, con otra nueva idea en el cerebro y el propósito inmediato de realizarla. Había estado demasiado tiempo en contacto con la Naturaleza, gran maestra de reflejos velocísimos, para poder «digerir» aquellos lentos procedimientos que parecían regir la vida de los hombres de las grandes ciudades.

Marchó directamente a las oficinas del mayor rotativo de lengua inglesa. Recordaba perfectamente que uno de sus redactores le había rogado, suplicado y pedido, a cualquier precio, una entrevista particular y exclusiva para el diario en el que trabajaba.

Al ver entrar a Jack en la redacción corrió veloz mente hacia él.

—¿Aprueba usted mi proposición, míster?

—Con una sola condición.

—Está admitida por anticipado.

—Deseo una fuerte suma que sea inmediatamente dedicada a formar una expedición, a mis órdenes, destinada a liberar a las mujeres que guardan aún los «bio-esquemas».

—Pero... —balbuceó el periodista—. ¡Si eso es formidable!... ¡Formidable! Vamos a ver inmediatamente al director, míster Jack. Todo lo que usted pida... Todo lo que usted desee...

* * *

Una densa formación aérea surcaba el cielo africano, rumbo al Norte de los enormes lagos. Los hombres, en el interior de las aeronaves, ajustaban sus efectos, dispuestos a saltar a la señal convenida.

Además de los proyectiles corrientes, muchas armas estaban simplemente cargadas con balas de plástico que encerraban en su interior una fuerte dosis de anestésico, debido a una petición de distintos institutos de Biología que había sido hecha Jack.

Este, en el interior del avión que le conducía, se preparaba también; pero al mismo tiempo sus ojos se posaban sobre aquella maravillosa tierra, en un lugar de la cual había sido el más feliz de los hombres.

Finalmente, los observadores del aparato que precedía a todos los demás, avisaron al percibir la presencia de algunos «bio-esquemas» que volaban asombrados mil metros más abajo de los aviones.

La orden de lanzamiento fue inmediatamente dada, y el cielo se llenó de blancos copos que una brisa ligera balanceaba suavemente.

La lucha se inició ya en el aire. Sorprendidos, al principio, los «bio-esquemas» comprendieron en seguida la clase de enemigos que les atacaban, lanzándose furiosamente contra aquellos hombres que volaban de tan torpe y extraña manera.

No salieron bien parados los paracaidistas en aquella fase del combate. Pero Jack, como todos, estaba dotado de su aparato de radio; al apercibirse del mal cariz que tomaba aquello, gritó desesperadamente.

—¡Aumenten la velocidad de caída! ¡Una vez en el suelo les daremos lo que merecen!

Media docena de hombres habían sido ya destrozados por los monstruos. En el aire, los combatientes humanos temían hacer uso excesivo de sus armas por miedo a herir a sus compañeros, ya que la densidad del grupo paracaidado era muy intensa.

Inmediatamente los dispositivos de aceleración, que abrían orificios en la seda de los paracaídas, hizo que éstos se precipitasen hacia el suelo a una gran velocidad; los «bio-esquemas», sorprendidos por aquella inesperada maniobra, perdieron un tiempo precioso, que les fue sencillamente fatal.

A doscientos metros de la superficie, los paracaídas fueron convenientemente frenados e instantes más tarde, los hombres desprovistos de aquellas masas molestas, se agrupaban en unidades, dispuestos a demostrar a los monstruos que la parte seria de la batalla no había empezado aún.

A partir de aquel instante, los «bio-esquemas» conocieron el amargo sabor de la derrota y mordieron el polvo en cuantas ocasiones intentaron atacar a los hombres.

Entretanto, y mientras el combate se generalizaba por momentos, Jack, seguido de los hombres que había elegido antes de iniciar aquella expedición corrió hacia las grutas en las que se encontraban las mujeres y los niños. Los pocos monstruos que se atrevieron a intentar detenerlos en su veloz carrera cayeron destrozados en el camino. Libre el paso, Jack y los suyos no encontraron más obstáculo y pudieron llegar a las cavernas sin novedad.

La alegría de las mujeres fue indescriptible. Lágrimas, abrazos, llantos desesperados y no pocas crisis histéricas duraron largo rato. Después, cuando los de

afuera llegaron a comunicar que la lucha había terminado todas aquellas pobres criaturas, en el estado más lamentable que imaginarse puede, fueron trasladadas a los aviones especiales, atendidos por enfermeras, que acababan de aterrizar en la llanura y que despegaron momentos más tarde.

Los especialistas de la expedición, mandados por un profesor de la Universidad de Londres, recogieron los cuerpos de los «bio-esquemas» anestesiados, encerrándolos en jaulas que se habían preparado para llevarlos a Inglaterra.

Al llegar a Londres, el recibimiento que se hizo a aquellos valientes fue sencillamente apoteósico. Jack se había convertido en un verdadero héroe popular y le fue tremendamente difícil escapar al entusiasmo de las gentes y de los organismos oficiales.

Finalmente, y después de una verdadera odisea por las calles londinenses, consiguió llegar a su casa. Y cuando los brazos de su esposa se hubieron anudado a su cuello y sentido que sus pequeños tiraban de su pantalón, reclamando un poco de atención, Jack tornó a sentirse completamente feliz.

—Hay dos señores esperándote desde hace mucho, cariño...

Jack frunció las cejas. Estaba tremendamente harto de interviús, de conferencias, de charlas, de fotografías, y de todo.

—No les digas que he llegado. Entraré por la puerta del comedor... ¿Están en el despacho, no?

—Sí, Jack; pero no vienen a nada engorroso, ni son periodistas ni nada de eso...

—¿Qué son entonces?

—Médicos. Dicen que te conocen, o que creen conocerte...

—Hoy me conoce todo el mundo, querida... Miles de fotografías mías corren por todos los lados...

—No seas tonto. Me refiero a que te conocieron, según ellos, ANTES DE QUE YO TE CONOCIESE.

—¿Qué estas diciendo?

Ella se apercibió del temblor que se apoderaba de Jack.

—Escucha, amor mío. Esos dos señores dicen que no están seguros, pero desean hablar unos instantes contigo.

—Voy ahora mismo. Cuida de los niños.

Le temblaban las piernas mientras atravesaba el pasillo en dirección a su despacho. La posibilidad de que el espeso velo que cubría su pasado se desgarrase completamente, le causaba una emoción intensamente creciente.

Abrió la puerta del despacho con miedo...

Los dos hombres que estaban sentados en sendos sillones, se irguieron al unísono.

—Buenos días, señores —saludó Jack con un tanto de embarazo en la voz—. Ustedes dirán a quien tengo el gusto...

Uno de ellos se adelantó y tendiendo la mano:

—Me llamo Merrilan —dijo estrechando la fuerte mano del joven—. Mi

compañero es Stramer. Ambos somos médicos de la Maternidad Norte de Londres...

—Síntese, por favor... —La voz de Jack era apagada y hasta medrosa—. ¿Desean un cigarrillo?

Encendieron, y las primeras bocanadas, al ascender hacia el techo, se unieron en serpenteantes volutas alrededor de la lámpara.

Fué Merrilan el que rompió el penoso silencio que se había hecho.

—Verá usted, míster Jack... Mi compañero y yo llevamos muchos años trabajando en la Maternidad y, naturalmente, el error ha podido producirse en nuestras apreciaciones y sospechas. Miles de niños han pasado por nuestras manos y es bastante improbable reconocer a uno de ellos..., después de veinte años... Además —miró de reojo a su compañero— hay ciertos detalles que pueden resultar fatales para nuestra teoría...

—Le comprendo perfectamente, doctor Merrilan.

El otro asintió mudamente con la cabeza.

—Fué una de sus primeras fotografías aparecida en la prensa la que nos indujo a examinar su caso con mayor atención. Recordará que esa foto, que llevamos con nosotros, le fue hecha en Victory City al desembarcar de la lancha en la que en compañía de su esposa y los pequeños logró llegar al mundo civilizado. Todo el resto de su historia nos es perfectamente conocido, gracias a las amplias informaciones que usted ha dado a los periodistas.

Había sacado la foto de uno de los bolsillos y entregado a Jack que la recordó al instante, sonrojándose un tanto del aspecto selvático que tanto él como Ellen tenían allí... De todas formas deseó saber el motivo que aquellos dos hombres habían encontrado en la fotografía, preguntando a Merrilan, que parecía ser el que llevaba la voz cantante.

—¿Ha oído usted hablar —inquirió a su vez el médico— del profesor Barton?

—Sí, señor. He aprovechado mis pequeños ocios aquí para informarme de la historia de los «bio-esquemas». Si mal no me acuerdo fue Barton el que vio por vez primera uno de esos monstruos.

—En efecto. El profesor Barton, que por otra parte ha desaparecido misteriosamente hace unos días, cosa que nos tiene muy preocupados, fue el primero, con nosotros, en asistir al nacimiento de un «bio-esquema» —bajó la mirada al suelo para seguir hablando—. El profesor Barton contrajo matrimonio hace años con una encantadora joven. Por desgracia les nació un varón, lo que quiere decir, como usted sabe, que fue un «bio-esquema». La esposa de Barton no pudo sobrevivir y murió de un colapso de origen emocional.

—¡Pobre mujer! —exclamó Jack sinceramente conmovido.

—Pero aún hay algo más —tartamudeó Merrilan, quien, evidentemente, hablaba con dificultad, como si no hallase el hilo de su relato—. Hace muchos más años, nosotros éramos estudiantes, el ahora profesor Barton, ya famoso doctor, sufrió una operación sencilla de apendicitis. Para nosotros fue un verdadero honor prepararle

para la intervención, que se hizo en la misma Maternidad. **que nació en Londres.** (¿errata del original?)

—Tanto el doctor Stramer como yo no hemos podido olvidar jamás que el profesor tenía una mancha del tamaño de una manzana en la parte izquierda del tórax...

Jack se había puesto violentamente de pie. Mortalmente pálido quedóse inmóvil, mirando con patente incredulidad ora a Merrilan, ora a Stramer. Finalmente y aun no repuesto totalmente de su emoción.

—Entonces... ustedes suponen que el profesor Barton y yo...

—¡Eso es! —concluyó valientemente Stramer que hasta entonces había guardado silencio—. Nosotros estamos casi seguros que usted es el hijo del profesor Barton. Además de la inequívoca marca sus facciones parecen calcadas de las del profesor cuando éste era joven. ¡Mire eso!

Le tendió una foto, amarillenta por el tiempo. Jack se apoderó ávidamente de aquel pedazo de cartulina, encontrándose calcado en la figura de un hombre joven, bastante menos atlético que él, en medio de un grupo de gente extraña.

—¡Nosotros le vimos nacer, señor Barton! Y nos fijamos también en la mancha del tórax... Pero en aquellos momentos lo que más nos llamó la atención fueron sus... alas y su probóscide. Estábamos aterrados por la desgracia de Barton y de su pobre esposa..., pero no olvidamos los detalles.

—¡Pobre madre mía! —suspiró el joven.

Luego, loco de alegría, abandonó a los médicos, corriendo en búsqueda Ellen, a la que comunicó la buena nueva. Ella lloró de gozo apoyada su cabeza en el hombro de su esposo.

Pero, repentinamente, las palabras de Merrilan sonaron extrañamente en los oídos del joven.

«EL PROFESOR HA DESAPARECIDO MISTERIOSAMENTE... ESTAMOS MUY INQUIETOS.»

Volvió como una exhalación al despacho.

—¿Dónde vive mi... padre? —inquirió al fin, dando a la palabra «padre» un profundo sentido emotivo.

—Siempre ha vivido en la Maternidad y la señorita de la recepción e igualmente el portero de noche afirman que no le han visto salir del edificio. Ambos, estoy seguro, no mienten ni se equivocan.

—¿Conocen ustedes lo que mi padre estaba haciendo estos últimos días y en qué lugares solía trabajar?

—Hace ya tiempo que parecía seguir con un creciente interés los experimentos del profesor Freudläger.

—¿El profesor Freudläger?". ¿Quién es?

—Un alemán bastante extraño y misterioso.

—¡Vamos allí ahora mismo!

CADA movimiento que intentaba hacer era el resultado de un esfuerzo sobrehumano que le iba restando energías implacablemente...

¿Cuántos días habían pasado desde que Karl cerró la puerta del laboratorio tras él?

¿Cinco?...

No importaban los números; todo el tiempo transcurrido se había marcado profundamente en el organismo de James. Consumidas sus reservas, el hambre y la sed se convirtieron en una espeluznante obsesión. Cada instante era una nota de intensidad que se iba sumando al ritmo alucinante de la tortura de su cuerpo y de su alma.

Su curiosidad y la sospecha de que Freudläger se dedicaba a canallescadas investigaciones, le habían empujado a aquella fatal ratonera. Pero no era su dolor ni su angustia lo que le torturaban más fuertemente. Su martirio mayor estaba constituido por la impotencia de poder hacer algo; algo positivo y que acabase con aquella nueva pesadilla de los «bio-esquemas», creados por el fatídico germano, y que iban a hundir de nuevo a la Humanidad en una época de horror.

¡Si al menos pudiese prevenir a alguien del peligro de todo aquello!

Pero era un sueño, una vaga quimera el intentar atravesar aquellos gruesos muros o derribar la puerta metálica del laboratorio.

¿De qué habían servido en realidad todos los esfuerzos que había hecho hasta entonces? ¡De nada! Su cuerpo se había ido debilitando inexorablemente y ahora no era más que un pingajo humano incapaz de defenderse de la más pequeña agresión.

Había buscado inútilmente la pistola y aunque la vio, bajo la peana del colosal supermicroscopio electrónico, no llegó ni a pensar un solo instante el intentar mover aquel monstruo metálico.

No había otra alternativa que la de esperar pacientemente la muerte o la llegada del germano que, al menos, la abreviaría.

Todas sus ilusiones se habían desmoronado una tras otra como frágiles castillos de arena. Y después de debatirse en todos los sentidos se dejaba ya arrastrar por el curso de una fatalidad que había demostrado ser más fuerte que él.

Cegado por la sed había bebido el contenido de algunos tubos de ensayo, sin preocuparse mucho de lo que hacía. Nada le importaba ya que con aquellas gotas de líquido hubiesen penetrado en su cuerpo los bacilos más patógenos o los virus de acción más atroz. La fresca sensación de frescor que había sentido en su reseca boca valía bien el peligro de cualquier contaminación, ya que el diabólico Karl había tenido buen cuidado en cerrar la llave del agua que servía los grifos del laboratorio de su pertenencia.

No le cabía ya la menor duda que había topado con algo más que un demente. El espíritu vengativo del doctor Freudläger demostraba la existencia de algo maligno,

demoníaco, mucho más potente que el mayor sentimiento de odio que pudiese encontrarse en el más corrompido corazón humano.

La noche le llevó una cierta tranquilidad, y aunque no logró descansar pudo, al menos, frenar un tanto la acelerada marcha de sus ideas, cosa que era la que más daño le hacía.

Como acostumbraba a hacer cuando joven, al dejarse caer rendido después de una tremenda jornada de trabajo, se abandonó en el mundo de los recuerdos íntimos, volviendo su atención hacia la única persona que había logrado perforar la dura costra científica que le envolvía por todas partes.

¡Mary!

Nunca hubiese imaginado en un final trágico de aquello que había constituido la mejor idea de triunfo de su vida. Había amado y amaba aún a aquella mujer con una intensidad tal que al solo recuerdo experimentaba un dolor agudo, como si, partiendo de su mente, la idea se convirtiese en una sensación material, atravesando audazmente el puente de los psicósomático.

No podía concebir un amor de otra forma. Siempre, desde el instante en que la conoció, no dejó de sentir una curiosa forma de dolor y placer, íntimamente mezclados, que ya no abandonaron jamás.

Todo lo demás, el matrimonio y el nacimiento del niño, habían sido otros tantos acontecimientos que se precipitaron demasiado aprisa para poder verlos ahora desde un punto de vista medianamente nítido.

Al recuerdo de su hijo, de su único hijo, Barton dejó escapar un sollozo. También aquella había sido otra ilusión truncada, otro hermoso edificio que se había venido abajo aparatosamente.

Hacia el alba, sudoroso y deshecho, se despertó bruscamente. Le parecía haber oído algo. Pero, en realidad, y durante las horas que siguieron, nada extraordinario ocurrió, reinando el mismo horrible silencio de siempre...

Sin dejar abatirse por el descorazonamiento que le invadía, James se concentró en la idea salvadora que constituía el apoderarse de la pistola. Durante cerca de tres horas meditó profundamente, elaborando y rechazando multitud de procedimientos que se iban presentando ante su juicio.

Finalmente, después de sopesar las dificultades de lo que parecía haber hallado se levantó repleto de una nueva alegría, y dirigiéndose a la sección química del laboratorio se apoderó de todas las largas pipetas que allí había.

Tras colocarlas a su lado tendido en el suelo al borde del microscopio. Inició la más espantosa tarea que concebirse puede. Con los frágiles tubos de cristal intentaba empujar el arma hacia su alcance. Pero, naturalmente, las pipetas se iban rompiendo una tras otra, no logrando más que hacer avanzar la pistola unos cuantos centímetros. Una vez, y mientras su frente se perlaba de sudor y su corazón parecía amenazar salirse del pecho, consiguió arrastrar el arma cerca de tres palmos. Casi estuvo a punto de lanzar un grito de alegría, pero cuando se volvió para apoderarse de una

nueva pipeta y vio que le quedaban dos solamente, su gozo se fundió como la nieve bajo la ardiente caricia del sol.

Temblando todo su cuerpo apoderóse de uno de los tubos de cristal y con todo cuidado empezó a hacer fuerza sobre la culata de la pistola, procedimiento que le había procurado el éxito anterior.

Lentamente, y procurando calcular la resistencia del cristal, fue imprimiendo una mayor fuerza, tembloroso y con el terror de que lo poco que le faltaba fracasase.

Milímetro a milímetro el arma empezó a moverse de nuevo. Una alegría inconcebible se apoderó de él al tiempo que la contenía para no deformar el comedido esfuerzo que estaba realizando.

¡Clik!

La pipeta saltó hecha trozos. Toda su ilusión se hundió en la más atroz de las rabias. El fracaso le mordió duramente y sin saber lo que hacía apoderóse de la última que lo quedaba, dando un formidable golpe en la pistola, como si deseara ciegamente reducir a cero las pocas posibilidades de éxito que les quedaban.

¡PERO CONTRA TODO LO QUE ESPERABA EL GOLPE SURGIÓ EFECTO!

La pipeta se hizo añicos, pero la pistola salió, asomando su negro cañón bajo la peana del microscopio.

Entonces no pudo contener un grito de alegría, que salió triunfalmente de sus labios. Loco de gozo examinó el estado del arma, viendo que ésta estaba cargada y con su correspondiente proyectil en la recámara. A partir de aquel instante, su seguridad aumentó intensamente y la mirada que dirigió a la puerta de entrada al laboratorio fue de odio y deseo que Karl apareciese.

No esperó mucho...

Una hora más tarde las carcajadas del germano llegaron hasta él. ¿Por qué se reía de aquel modo?

Sólo había una respuesta justa: Karl Freudläger se había demenciado completamente y ya no era posible el menor trato con él.

Barton, que sólo había pensado utilizar el arma en última instancia, se convenció de que no había otro modo de detener a aquel loco furioso.

Las espeluznantes carcajadas del alemán duraron largo rato, interrumpidas solamente por un silencio que se hacía aún más horroroso. Por último, la llave fue introducida en la cerradura, y mientras James ocultaba la pistola, la alucinante silueta del sabio germano se destacó en el umbral de la puerta.

Durante unos instantes permaneció en silencio, contemplando con una mirada de orgullo las instalaciones que había creado y sin hacer caso alguno a Barton, a pesar de que éste se encontraba frente a él.

Luego, cuando hubo recorrido con una amorosa mirada la totalidad de los aparatos de su laboratorio, sus ojos se clavaron en la deshecha figura de James expresando un odio tremendo.

—¡Veo que tienes la piel dura, Barton! Te aseguro que creía que ya habrías

muerto. ¡Es igual! Voy a matarte con mis propias manos; ya es hora de que tu curiosidad pague el precio que la he impuesto...

Barton no pudo resistir más y sacando velozmente la pistola apuntó al germano.

—¡Tenga cuidado, Karl!... Como ve estoy armado y dispararé en el momento que avance un solo paso.

El otro no pareció hacer mucho caso de las amenazas de James.

—¿Has encontrado la pistola, eh?... ¡Eres listo, de eso no puede dudar nadie! ¡Pero, no lo suficiente para haber comprendido, cuando era tiempo, que era a mi lado al que debías haberte puesto desde el principio! ¿Si aspirabas al poder, si deseabas riqueza, fama y honores debías haber colaborado con Karl Freudläger! ¡El genio!... ¡El cerebro más poderoso que ha existido jamás!... ¡Y al que no importó carecer, en su infancia, de lóbulo frontal! ¡Fíjate bien, Barton, que yo estaba destinado a ser genio y que nadie, ni aquel imbécil de profesor, pudo cambiar el rumbo de mi destino...! —Pareció fijarse por vez primera en el arma que empuñaba el otro—. ¿Quieres matarme, no, Barton?... ¿Matar a un genio?... ¡ja, ja ja, ja...! ¡Ignorante! ¡Estúpido!... ¡Los genios son inmortales!... Inmortales no como tú lo comprendes, sino con una inmortalidad material que ningún arma podrá destrozar. ¿No sabías que Karl Freudläger era inmortal, eh? ¡Dispara! ¡Dispara! ¡DISPARA!...

Tras un instante de duda, Barton, profundamente asustado, apretó el gatillo.

Uno..., dos..., tres..., cuatro... Cuatro disparos, certeros y mortales, que atravesaron el cuerpo del germano.

Pero..., ¿qué era aquello?

¡Porque Karl Freudläger seguía avanzando como si nada, sin tambalearse lo más mínimo y sin demostrar que las balas le hubiesen hecho la menor mella!

James retrocedió horrorizado.

Las carcajadas del germano hacían vibrar el recinto del laboratorio. Y seguido por aquel horror, por aquel inconcebible hecho que escapa a la lógica más elemental, Barton Siguió retrocediendo, sin dejar de mirar al descompuesto rostro del loco, como si aquellos ojos dementes le hipnotizasen impidiéndole huir lejos de allí.

La lucidez empezaba a fallar en el interior del cerebro de James. Sus alocadas e innumerables ideas le llegaban a causar una peligrosa sensación de vacío, mil veces más horrible que la misma muerte.

Fué en aquel preciso instante cuando un hombre alto, fuerte, apareció en el umbral de la puerta. De un poderoso salto se interpuso entre Karl y Barton. Luego, su formidable puño derecho salió disparado contra el rostro del germano, que nada más recibir aquel impacto se desplomó en el suelo.

Entonces, como si algo se hubiese roto en el interior del cuerpo del alemán, la sangre empezó a brotar a borbotones por los orificios de las balas de la pistola de James.

Este miraba estúpidamente el cuerpo caído de su enemigo. Luego, sin poderlo evitar, se arrodilló junto a él y tomando su muñeca observó el pulso durante un par de

minutos.

—¡Ha muerto! —exclamó con voz ronca.

Después se incorporó con un esfuerzo. Fué entonces cuando vio a sus dos colegas, que estaban sonrientes junto a su salvador.

—¡Merrilan!... ¡Stramer!..., ¿qué hacéis aquí?... ¿Por qué habéis venido?... ¿NO HABÍAIS MUERTO HACE MUCHO TIEMPO?

Los dos hombres se miraron entre sí con espanto. También en los ojos de Jack se pintó una extraña agonía.

Merrilan se acercó a James, y cogiéndole fuertemente por un brazo:

—¡Profesor Barton!... ¡Profesor Barton!... ¡Por favor! —Y volviéndose para dejar que James viese al joven—: ¡Le hemos traído su hijo!... ¡SU HIJO!... ¡No le ocurrió nada!... ¡Mire, mire la marca que tiene en el pecho!

Jack se había apresurado a desnudar su tórax, y Barton se acercó para contemplar curiosamente la mancha negra que identificaba a Jack.

—Es curioso... —empezó a decir; luego de repente y con voz estridente—: ¡Este no es mi hijo!... ¡Mi hijo era un «bio-esquema»!... ¡Tenía alas y trompa! ¡TODOS VOSOTROS SOIS FANTASMAS!... ¡ESTÁIS MUERTOS!... ¡MARCHAOS, MARCHAOS DE MI LADO!

Salió corriendo torpemente tropezando, fuera del laboratorio, recorriendo, los pasillos como un alucinado y gritando sin cesar:

—¡SON FANTASMAS!... ¡ES IMPOSIBLE!... ¡IMPOSIBLE!... ¡IMPO...!

Había llegado a su antiguo cuarto y, sin detenerse lanzóse a su lecho, sollozando y mordiendo las sábanas con verdadera furia...

El sonido de un timbre le hizo detener su llanto.

EPILOGO

—¡Doctor Barton!

Era difícil, muy difícil, escapar a la densa bruma que le envolvía. Una sensación de indecible angustia le oprimía el pecho, y, aun deseándolo, no quería en modo alguno volver a la horrible realidad.

—¡Doctor Barton!

¿Por qué no le dejaban en paz? ¿Es que aún no era demasiado grande su desgracia?

Dudaba, a pesar de todo, de que aquel valiente muchachote no fuese su hijo, la marca negra en el tórax...

¡Pero era completamente imposible! Desgraciadamente, el pequeño había sido un «bio-esquema» más y su suerte habría sido la de tantos miles sacrificados en aquellas horribles prisiones a ellos destinadas.

—¡DOCTOR BARTON!

Se incorporó de un salto. Luego, acercándose a la pantalla, pulsó el botón. La figura de Peggy apareció en el recuadro luminoso de la pantalla.

—¿Qué hay, Peggy?

—Le estamos esperando, doctor. ¡Es urgente!

Maquinalmente inquirió:

—¿Dónde?

—Quirófano sexto, doctor.

—¿Quién es?

—Mistress Pazslosky, doctor Barton. Una polaca que acaba de llegar hace unos minutos.

—Voy en seguida.

Se pasó una toalla mojada por el rostro. Luego de haberse peinado un tanto, salió de la habitación dirigiéndose al quirófano.

En la entrada le esperaba Peggy, como siempre.

—¿Quién ayuda, señorita?

—Merrilan y Stramer, señor. Ya están preparando a la paciente.

¿MERRILAN Y STRAMER? ¿EMPEZABAN DE NUEVO A QUERER BURLARSE DE ÉL?

Sin embargo, no dijo nada, penetrando seguidamente en el antequirófano, donde dejó que Peggy le vistiese, tras haberse lavado.

Penetró en la sala de operaciones, sin mirar a los ayudantes. Deseaba, ante todo, acabar aquel trabajo. ¡Tiempo tendría después para enterarse de lo que pasaba!

Laboró intensamente, venciendo cuantas dificultades parecían oponerse a que aquel niño naciese. De repente, y cuando ya faltaba poco para el alumbramiento, sus dedos empezaron a temblar intensamente. Se detuvo unos instantes, separándose del campo operatorio y dejando que Peggy limpiase con una compresa su frente fría de

sudor, mientras uno de los ayudantes quitaba la sangre que manaba...

La voz de Peggy llegó hasta él como un lejano murmullo:

—¿Le ocurre algo, doctor Barton?

James movió la cabeza negativamente, volviendo a inclinarse sobre la paciente.

¿Cómo querían que les anticipase lo que iba nacer? Cuando viesen al monstruoso «bio-esquema» comprenderían muchas cosas.

En el último instante, incapaz de asistir a aquel nacimiento, se retiró prestamente, al tiempo que ordenaba:

—¡Sáquelo, Merrilan!

Luego, con una furia renovada, empezó a suturar el vientre de la polaca, Sin querer oír los primeros berridos del pequeño.

Cuando terminó, en un tiempo récord, su labor, volvióse hacia otro lado, encaminándose al antequirófano.

—¡Doctor Barton!

¿QUÉ DESEABAN AÚN? EL HABÍA TERMINADO SU LABOR Y NO DESEABA, EN MODO ALGUNO, CONTEMPLAR OTRA VEZ AQUELLAS ALAS MEMBRANOSAS Y AQUELLA HORRENDA PROBÓSCIDE...

—¡Doctor Barton!

Volvióse hacia la enfermera, que se acercaba con el niño sobre los immaculados pañales.

—¿Es que no quiere verle, señor? Sería la primera vez que lo hiciese. Siempre desea usted echar una ojeada antes que la propia madre...

A pesar del ardiente deseo que sentía, no pudo cerrar los ojos y miró al recién nacido con un gesto de horror que, afortunadamente, ocultaba su mascarilla.

Pero su sorpresa fue maravillosa al ver que aquel niño era uno de los más hermosos que había visto en su vida. ¡E] más hermoso sin duda alguna! ¡Completamente normal de arriba abajo!

Pero..., ¿QUÉ LE ESTABA PASANDO?

Abandonó el antequirófano rápidamente, tras quitarse él mismo la bata y el delantal de hule. Luego, como alma que persigue el diablo, tornó a su habitación, donde, sin pensar en nada, se vistió en un santiamén.

Deseaba salir de la clínica, respirar el aire de las calles y, sobre todo, no dejar que las tenebrosas ideas que bordeaban su conciencia irrumpiesen en ella.

Una vez vestido, descendió velozmente por las amplias escaleras, sin osar usar uno de los ascensores. Al dar la vuelta a una esquina, al final de uno de aquellos interminables pasillos bordeados de puertas numeradas, tropezó con un médico que subía deprisa.

—¡Doctor Barton!

—¡Doctor FREUDLAGER!

—¿Qué le ocurre, doctor?

—¡Nada!!Adiós!

Pero apenas si había dado un paso volvióse intrigado:

—¿Tiene usted un hermano gemelo profesor Freudläger?

El otro se acercó extrañado.

—¿Por qué me llama profesor?... ¡No, no tengo un hermano gemelo, ni de otra clase! Soy hijo único...

—¡No sabe lo que me alegro! Adiós, colega...

Karl se encogió de hombros, siguiendo con la mirada a James hasta que éste desapareció en el próximo recodo.

Atravesando como una exhalación la salida de la Maternidad, ante los asombrados ojos de la enfermera de la recepción y del portero de día, Barton corrió hacia la próxima parada de taxis.

—¡Al Instituto Nacional de Química! —gritó al conductor.

Cinco minutos más tarde el vehículo se detenía ante el enorme edificio de color rojizo, situado no lejos de la Maternidad Este de Londres.

El portero ya le conocía.

—¡Buenos días, doctor Barton! ¿Ocurre algo?

—NO... ¿Por qué esa pregunta?

El otro vaciló antes de contestar:

—Como hace tanto tiempo que no viene usted por aquí...

LUEGO... ¡ERA VERDAD!..., y por ende. COMPLETAMENTE INÚTIL QUERER SALIR DE LO QUE HABÍA TOMADO POR UNA HORRENDA PESADILLA... EN REALIDAD..., ¡MARY HABÍA MUERTO AL NACER SU PRIMER HIJO!

—Adiós, y gracias.

—¡Eh, espere! No creo haberle molestado, doctor. ¿Es que no desea ver a la señorita Mary?...

Nunca recordó Barton lo que contestó a aquel pobre hombre, que, con los ojos abiertos como platos, contempló al médico que subía escaleras arriba, sin hacer caso de los gritos del portero.

—¡Eh, doctor Barton! ¡Tome el ascensor!... ¿Es que ha olvidado que la señorita Mary trabaja en la planta décimocuarta?

Subió y subió, sin darse cuenta de nada. Cuando se encontró ante la puerta del laboratorio de Mary apenas si podía respirar y su corazón golpeaba frenéticamente su pecho.

—¿Qué pasa, Barton?

¡ESTABA VIVA!... ¡ESTABA VIVA!... ¡ESTABA VIVA!...

Todo había sido, entonces, una horrible pesadilla, ¡LA PESADILLA DE LOS «BIO-ESQUEMAS»!...

—Ven conmigo...

—¡Pero si estoy trabajando!

—¡No importa! Ven conmigo.

Y una vez en un banco, bajo los árboles, en Saint James Park, la besó y acarició locamente, hasta que ella, asustada:

—¿Pero qué te pasa, James? ¿Te has vuelto loco? ¿No ves que nos van a llamar la atención? ¿Es que quieres que te detengan?

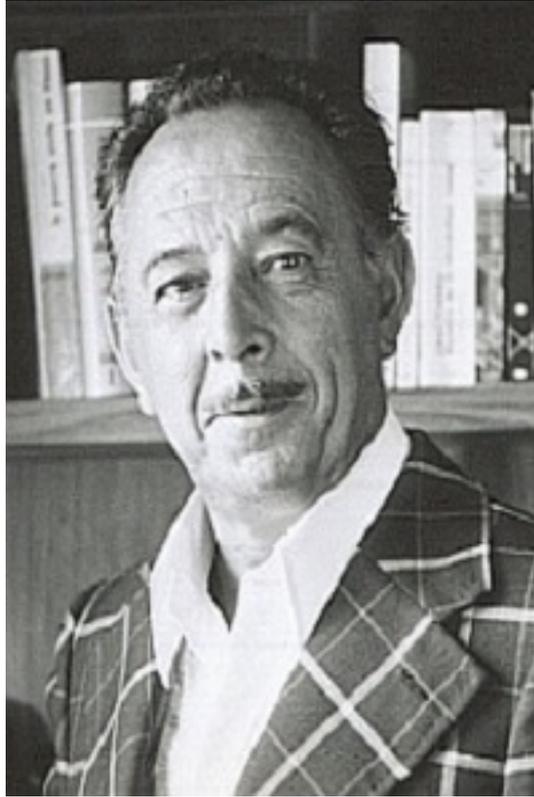
—¡Sí, estoy loco, irremediablemente loco! ¡Y quiero que «nos» detengan ahora mismo y que nos lleven a cualquier parte en la que puedan casarnos!

Luego, bastante después, cuando ya se hubo calmado, tras haber hablado tranquilamente de muchas cosas, ella, melosa, dijo:

—Oye, querido..., ¿sabes que hasta he pensado el nombre que pondremos a nuestro primer niño?...

—¡No me lo digas, por favor!... ¿A que es JACK?

—¿Cómo lo has adivinado? —inquirió ella ingenuamente.



ALAN COMET fue uno de los muchos seudónimos del escritor español Enrique Sánchez Pascual.

Otros seudónimos: Alan Star, Karl von Vereiter y Law Space.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Comenzó estudios de medicina, pero el inicio de la Guerra Civil le obligó a dejarlos.

Luchó en el bando republicano y, al terminar la guerra, se vio obligado a exiliarse a Francia, donde conoció a su esposa. Su regreso a España le costó cumplir condena en la cárcel de Figueras. En la posguerra trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos hasta que, animado por un amigo escritor, decidió dedicarse a la literatura.

Su trabajo para la editorial Bruguera le hizo trasladarse a Barcelona. Como era habitual en los escritores de posguerra, escribió en numerosos géneros además de la ciencia ficción, llegando a colaborar con Félix Rodríguez de la Fuente en una revista. Fuera de la ciencia ficción destacó como escritor de historias bélicas, llegando a convertirse en un experto en la Segunda Guerra Mundial.

En el género de la ciencia ficción su producción fue prolífica, llegando a escribir, literalmente, cientos de títulos para las editoriales Toray y Bruguera. Según su hijo escribía una novela por semana, si no más. Llegó, incluso, a crear su propia editorial, Mando, para la que escribió quince títulos bajo el pseudónimo de Alan Comet en una colección denominada Robot.

Falleció el 11 de marzo de 1996, a los 77 años de edad, en Sant Pere de Ribes, localidad próxima a Sitges. A decir de su hijo, Sánchez Abulí, su padre era una persona profundamente vital que se entusiasmaba con todo aquello por lo que se interesaba, inflamándose con constantes ideas y proyectos.

Notas

[1] El poeta se refiere, indudablemente, a Alberto Einstein, que, como se sabe, intentó encontrar una fórmula general del Universo, prescindiendo de la existencia de Dios. (N. DEL A.) <<

[2] Toracópago: dos individuos unidos por el tórax. <<

[3] Dicéfalo tribraquial: unión de dos seres con dos cabezas y tres brazos, unidos lateralmente y con dos solas piernas. <<

[4] Pirópago: dos seres unidos por la porción dorsal de la pelvis. El caso de las hermanas Blazek, que eran pirópagos viables, cuenta cómo una de ellas concibió, percibiendo la otra durante el parto los mismos dolores que su hermana. <<

[5] Diprosopo son seres dotados de una enorme cabeza, monstruosa, que posee los elementos completos de dos cabezas. Es decir, cuatro ojos, dos narices y dos bocas, situadas estas últimas la una junto a la otra. <<

[6] ¿Ha leído ya La hora «H» ha sonado? En ese número 8 de ROBOT encontrará la más fantástica descripción de la Tercera Guerra Mundial. <<

[7] Oficialmente, hoy, en 1955, se conocen los monstruosos engendros encontrados en aguas del Pacífico, y producidos, se cree, por las partículas radiactivas originadas por los ensayos de armas atómicas. Por lo tanto, nada de lo que se dice en esta novela puede ser, desgraciadamente, considerado como completa fantasía. Es muy pronto aún para determinar las consecuencias que sobre la población japonesa superviviente al lanzamiento de las bombas «A» de Hiroshima y Nagasaki ha podido tener la radiactividad producida. <<

[8] Las «gónadas» son las células sexuales de cuya fusión se origina el nuevo ser. Son ellas, por lo tanto, las responsables directas de la herencia, que no es más que la suma de los caracteres paterno y materno, imponiéndose corrientemente los denominados, muy gráficamente, «dominantes». <<

[9] Aparatos que utilizan los «fotones». <<

[10] Nada tendría de extraño que las fantásticas teorías de Freudläger se vieran ratificadas por la realidad. Conociendo la estructura atómica de los «genes», que no son más que micromoléculas albuminoideas, no sería nada improbable que, como ocurre en las reacciones químicas, fuesen los «radicales» hereditarios de la superficie los que «reaccionasen», como acontece en los cuerpos químicos orgánicos, en los que los finales de «cadena» (radicales diversos o agregaciones) son los que reaccionan. Tal mecanismo funciona igualmente en la llamada teoría de las defensas y de la inmunidad de Erlich. <<

[11] La «mutación» es un salto brusco de la herencia, con lo que reaparecen caracteres que habían permanecido ocultos durante generaciones. <<